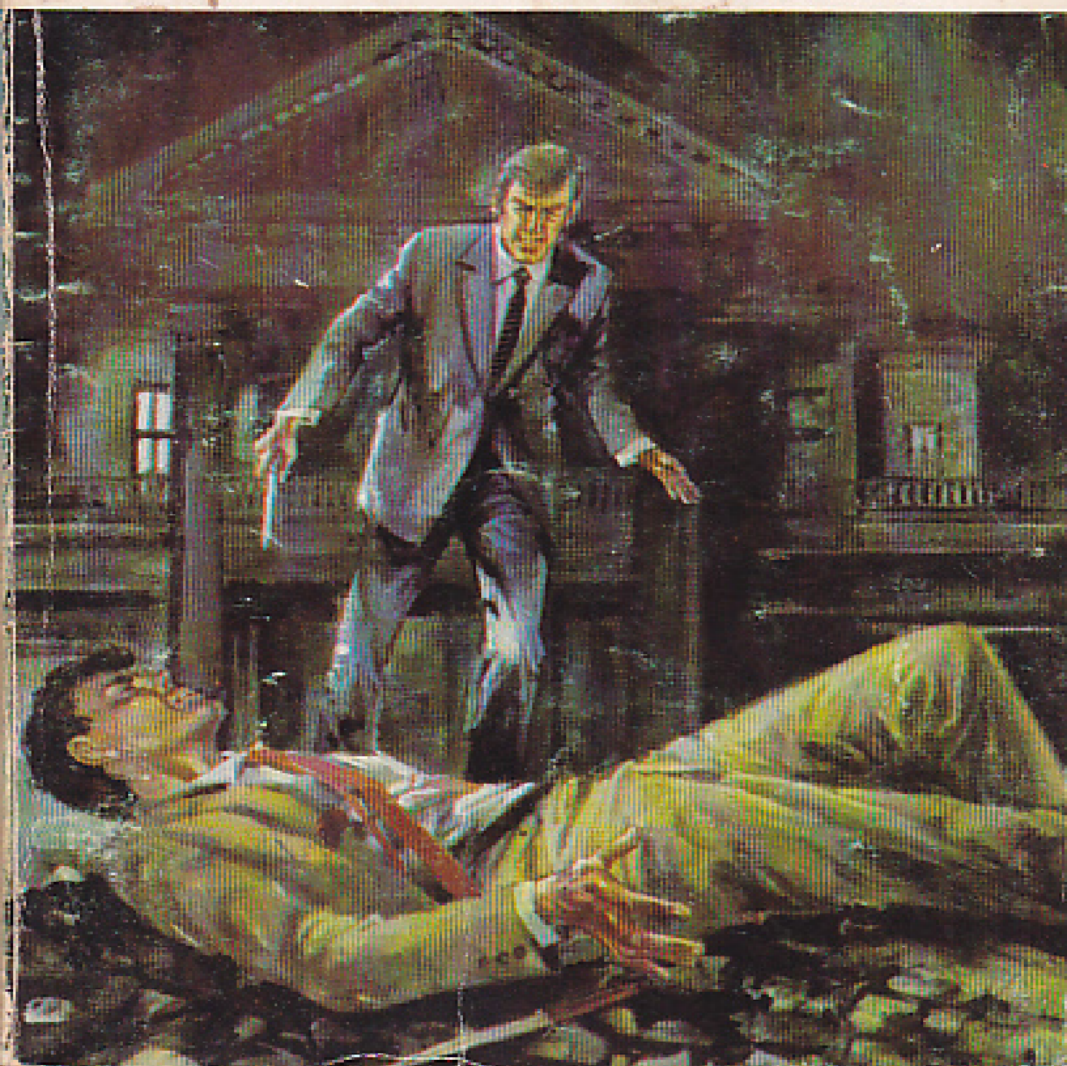


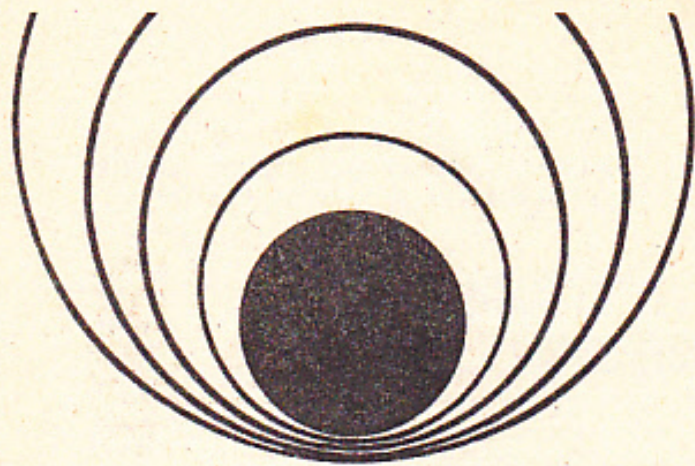
BOLSUDROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

PIEBRE DE NAVAJAS EN SABADO

Frank Caudett





PUNTO ROJO



FRANK CAUDET
FIEBRE DE NAVAJAS EN SABADO

Colección PUNTO ROJO n.º
1.052 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

1 .006 — Poesía se escribe con sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.607 — «Rouge Baiser».

En Colección CALIFORNIA:

1.290 — Lo que el viento nos dejó.

En Colección KANSAS:

1.227 — Justicia en Monterrey.

En Colección BUFALO:

788 — «Impasible».

En Colección COLORADO:

1.288 — Plomo: esquiras de venganza.

En Colección BRAVO OESTE:

503 — Plomo en la amistad.

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 — Memorándum para un sheriff.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 — Odio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

502 — Se precisa un gun-man.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

536 — Gentil, pero con revólver.

ISBN 84-02 02520-X Depósito legal: B. 15.430-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1982

I.ª edición en América: diciembre, 1982

C. Frank Caudett - 1982

texto

García - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1982

PROLOGO

TERMINAL DE AUTOBUSES, NEW YORK

Sábado, 31 de octubre del 81, 14.15, p.m.

Por los altavoces de la bus-terminal neoyorquina se anunció la salida del próximo autobús.

«—Pasajeros con destino Baltimore sírvanse efectuar su embarque en el bus estacionado en el andén número ocho. Dentro de quince minutos efectuará su salida.»

Jerry Coburn se alzó del asiento que había ocupado hasta aquel instante en la cafetería de la estación y cargando con su bolsa de viaje salió del establecimiento.

Miró de un lado para otro como esperando descubrir, en cualquier ángulo de la terminal, alguien que tuviese su mirada y su atención fijada en él.

No, no era fácil que ellos fueran a pensar que se encontraba en aquel lugar. ¿Por qué tenían que suponerlo? No existía un motivo concreto que hiciera reparar en su desertión. No podía seguir... era imposible continuar al lado de aquellos criminales sádicos. Un día u otro... por cualquier absurda nimiedad que a ellos no les cayese bien, acabaría acribillado a navajazos como ya les había sucedido a otros.

Lo mejor era huir, sí.

Así iba cavilando mientras dirigía sus pasos hacia el andén número ocho.

¿Quién iba a imaginar que se largaba de Nueva York?

Nadie...

¿Nadie?

Se encontraba a cinco yardas del autobús de Baltimore.

Fue entonces cuando le rodearon.

—¡Eh, Jerry, tío! ¿Te largas de la city sin despedirte de los amigos? ¿Pasa contigo, muchacho? ¿Es que ya no nos aprecias?

El que así había hablado vestía a lo Travolta. Chaquetilla de cuero ajustada y pantalones del mismo género, ceñidos, todo en negro. Pañuelo blanco al gaznate y la camisa negra también. Botas como de montaña con doble suela de goma. Gafas de cristales plateados por el exterior que no permitían captar el movimiento ni la intencionalidad de sus ojos. El pelo ondulado y brillantado muy adherido a los lados con una enorme onda que sobresalía por delante de la frente.

Su expresión entre burlona y despótica era la de un auténtico

criminal con manera de sátiro además.

Los otros dos facinerosos que le acompañaban vestían exactamente igual que él: uniforme de asesinar.

A Jerry Coburn, Nueva York en peso con todos sus rascacielos incluidos se le vino encima. Era consciente de que aquel montaje equivalía a su sentencia de muerte.

Tragó saliva. Muchísima saliva. La situación no era para menos.

Pero tenía que intentarlo. Habló:

—No... no es lo que te imaginas, Mohamed Buarfa. Voy a Baltimore porque... porque mi madre se ha puesto muy grave.

Buarfa Chaid, hizo una mueca con sus crueles labios que equivalía a una sonrisa.

—¿Habéis oído, camaradas? Jerry, hasta tiene madre. Quién lo hubiera dicho, ¿eh? —miró al tembloroso e inseguro Coburn desde atrás de sus inaccesibles cristales plateados, inquiriendo—: Y te llevas la yerba para curar a la vieja, ¿no?

—No, no... ¡palabra que no, Mohamed! La he dejado en un escondrijo seguro de mi apartamento.

—¿Os creéis eso, camaradas?

Uno de sus acólitos escupió en la cara de Jerry Coburn. Se trataba de un malnacido al que se conocía por Sádico Cosenza.

—Nones, Mohamed. Ni me creo que tenga madre ni que haya dejado la yerba en esa porqueriza donde vivía. El menda quiere vacilar contigo, ¿vale?

—Cosenza tiene razón. Se está quedando con nosotros —intervino el segundo de los Travoltas—. Lleva la yerba encima y se larga a Baltimore para venderla por su cuenta.

A Jerry sólo le faltaba ponerse de rodillas e implorar. Estaba sudando... y las gotas de sudor que rielaban su frente eran frías como una mortaja.

—¡Te juro que no, Mohamed! ¡No llevo la yerba! ¡Yo no sería capaz...!

—¿Por qué no le pegamos unas cuantas puñaladas y dejamos este asunto liquidado, eh? —preguntó con muy mala leche Sádico Cosenza.

—Por mí... —se encogió de hombros despótica y criminalmente el último de los enlutados, que se llamaba Malcolm Jason.

—¡Por Dios, no me matéis! ¡Os lo suplico! ¡Yo... yo nunca os he traicionado!

—No te descompongas, James. Tranquilo, tío. Ya sabes que esta pareja siempre están pensando en asesinar. Pero para eso estoy yo, Mohamed Buarfa, tu amiguete... ¿no? Para eso estoy yo, para... —miró a sus correligionarios, exclamando—: ¡Venga, imbéciles, adelante! ¿Qué mierda estáis esperando?

Las manos de Sádico Cosenza y Malcolm Jason hasta entonces hundidas en los bolsillos de sus respectivas chaquetillas aparecieron con rapidez meteórica. Luciendo unos extraños mangos de los cuales, como por arte de birlibirloque y tras presionar un resorte, surgieron sendas y azuladas hojas de acero.

—¡NOOOOOOOOO!

Visto y no visto.

Aquellos hijos de mala madre tenían experiencia probada y mortal eficacia.

Se abalanzaron sobre Jerry Coburn y lo cosieron a navajazos.

Cara, cuello, pecho, vientre... hasta dejarlo caído en tierra y convertido en un surtidor siniestro.

Un surtidor de sangre.

La gente, el público que se daba cita en la terminal, abstraído cada cual en sus problemas, pensamientos, y en localizar el andén y el bus que debía „conducirles a sus destinos, parecían no haberse percatado de la cruel y asesina operación.

Una chica sí reparó, de pronto, en la sangrienta canallada, al escuchar el agudo y lastimero grito de James.

Los miró con ojos encendidos. Con desprecio e impotencia. Y gritó temerariamente:

—¡¡ASESINOOOOOS!!

—¡Ramera! —escupió Mohamed Buarfa.

Y saltó sobre ella al tiempo que blandía su navaja y se la empotraba en la garganta. Excitado, acto seguido le rebanó prácticamente el cuello.

—¡Canallas! —se horrorizó una mujer que contemplaba la escena desde lejos.

—¡Larguémonos de aquí! —estalló, nervioso, Malcolm Jason.

Los navajeros echaron a correr empujando violentamente a cuantos se cruzaban involuntariamente, por supuesto, en su camino, ya que la mayoría, conscientes de su integridad, se apartaban con presteza.

Uno de los guardias de seguridad (?) de la bus-terminal extrajo su revólver y disparó al aire.

A buena hora mangas verdes.

Los asesinos ya habían alcanzado la zona de parking de superficie, montado en tres potentes motos marca BMW 500 cc. y salido a toda pastilla de la terminal confundiendo, velozmente, con la riada de vehículos que a aquellas horas de la tarde sabatina poblaban el asfalto de las arterias neoyorquinas.

Atrás, quedaba su inhumana fechoría.

Un muchacho y una infortunada chica muertos, tendidos en tierra, envueltos en su propia sangre.

Sábado, 31 de octubre 81, 16.15, p.m.

Ahora eran cuatro.

Los tres que habían estado en la terminal y una hembra que mascaba chicle.

Jennifer Wild. Pantalones negros, muy ajustados también, que evidenciaban sus prominentes caderas. Camiseta blanca, sucia, manchada, muy descolada, por donde asomaban sus pechos ampulosos, provocativos, firmes pese a la falta del sostén. Tenía expresión lujuriosa y ojos con ribetes violáceos, drogadictos.

Estaba claro que le daba al canuto y a la jeringuilla. Todo un ejemplar, desde luego.

Habían otras dos personas en aquella buhardilla del viejo edificio ubicado en el Greenwich, el barrio bohemio neoyorquino.

Dos personas bañadas en pánico que se apretaban contra la pared en uno de los ángulos de la estancia.

Chico y chica. Jóvenes. Muertos de miedo.

Frente a aquella gentuza no era para menos.

—Llevas toda la semana en el cine y no te enteras de la película, cheli —escupió Mohamed Buarfa por un extremo de la boca—. Vale que te dije que este sábado quería la pasta, ¿recuerdas?

—Yo la trabajaré, querido —dijo Jennifer—, En diez minutos la pongo en órbita.

Natalie Burnett se estremeció visiblemente al oír hablar a la otra. Sabía de los procedimientos de la Wild.

—¡Eso, eso! —exclamó Sádico Cosenza—. Que empiece Jennifer, así nos divertiremos la tira.

—Mejor la trabajo yo, ¿no? —habló Malcolm Jason con mirada de auténtico guarro—. Le sobo un poco las vitrinas, la gozo... y luego la apuñaláis, ¿vale?

—¡Canallas! —se desesperó el muchacho que estaba con Natalie—. El ser cuatro os hace valientes y despiadados... ¡Cerdos!

Sádico Cosenza se plantó frente a él y con sus enormes botas le propinó un bestial punterazo en los genitales. Y dos más a renglón seguido.

—¡Marica! —agregó.

James Gould se revolcó en tierra con ambas manos fuertemente apretadas sobre sus partes.

—¡No le maltratéis así! —gimió Natalie, intentando socorrerle—. La semana próxima tendré el dinero... ¡Lo juro! Se lo pediré a mi padre...

—¡Ja, ja, ja! —se burló la Wild—. ¡Esta sí que es nueva! ¿Habéis oído? Se lo pedirá a su papaíto, al ilustre y honorable Donald Burnett, senador por el Estado de Nueva York.

—¡De risa, digo! —la coreó Malcolm—, Su padre, que la ha repudiado y no quiere ni oír hablar de ella porque la niña se dedica al puteo, a la yerba y lo que se presenta para mantener a ese macarra. ¿Empiezo ya, Mohamed?

—Tú no, bestia. Ella es cosa de Jennifer. ¡Adelante, pequeñina!

La Wild se fue hacia Natalie como una exhalación para arrancarle con brutalidad la blusa. La otra intentó defenderse pero Jennifer, más ducha en la violencia, le surcó el rostro con profundos arañazos que la hicieron sangrar.

—¡Maldita! —rugió la hembra pendenciera, embalándose, excitada sádicamente ante la presencia de la sangre—. ¡Te voy a deshollar!

Y exhibía la navaja reglamentaria.

—¡Animo, princesa! —la estimuló Sádico Cosenza, como si la Wild necesitase de estímulos en sus tareas vesánicas—, ¡Pínchala ya, muñeca! ¡Je, je, je! Si le quitas la piel a tiras te prometo que esta noche te pondré a gusto en el catre, ¿vale, pequeñina?

Jennifer le había acuchillado un pecho y de él saltaba la sangre a borbotones salpicándola a ella misma.

—¡Tela, tela! —se enardecía Jason, contrayendo sus repulsivas facciones en rictus diabólico—. ¡Eres única, tía! ¡Ahora... el otro!

Eso hizo la Wild, exultante de morboso y criminal placer.

James Gould, olvidándose del lacerante dolor que castigaba

toda su anatomía fue en auxilio de Natalie propinándole un súbito y demoledor puñetazo a Jennifer Wild, la cual, se revolcó en tierra bramando obscenidades con la boca chorreando sangre.

—¡La madre que te echó...! —fue bramido más que exclamación lo que huyó por los labios de Mohamed Buarfa Chaid.

Se abalanzó encima de Coburn navaja en mano y sin darle opción lo cosió materialmente a puñaladas.

—¡Aguantadme a la chavala! —rugía Malcolm Jason con ojos que destilaban lujuria y que casi le saltaban de las órbitas—. ¡Quiero gozarla!

Eso hicieron los otros dos mientras Natalie enloquecía profiriendo aullidos que taladraban el ámbito con eco lastimero. Sollozaba, maldecía... imploraba la misma muerte antes de seguir sufriendo aquella horrible vejación.

James Gould, se desangraba.

Y Jason la seguía violando. Luego le tocó el turno a Sádico Cosenza. Después, Mohamed Buarfa. Por último, incluso Jennifer.

Horrible, sí.

Para concluir, inundaron su maltrecho cuerpo con las navajas.

—¡Vamos ya! ¡Fuera! —ordenó Mohamed.

Aún permanecieron unos instantes, contemplando con éxtasis lúbrico, con morbosa satisfacción, el repugnante lienzo que entre los cuatro habían confeccionado.

Sábado, 31 de octubre 81, 18.15, p.m.

Fuera, en la calle, por debajo del balcón del piso principal de la finca contigua al establecimiento existía un letrero luminoso que lo anunciaba: MORTUORY BELUSI.

Era una tienda de ataúdes y demás ornamentos relacionados con el último viaje que emprendían los mortales.

Una funeraria, sí.

Propiedad de Luchino Belusi.

—Luchino, Luchino... ¡pero qué malo eres! ¡Qué pícaro! —se burló con siniestro matiz Mohamed Buarfa Chaid—. ¡Mira que negarte a pagar el canon a la Organización! ¿Cómo se te ocurre hacer semejante cosa, hombre? ¿Quién sería el tonto que no pagaría por estar debidamente protegido? ¿Por qué lo haces, tontorrón?

Seguían siendo cuatro, sí. Pero Jennifer Wild que debía estar curando su maltrecho rostro, estaba sustituida por otro navajero masculino: Violento Benjamín. Un buen fichaje, que duda cabía.

—Porque es un italiano hijo de perra —intervino precisa mente Violento Benjamín.

Luchino Belusi era gordo, macilento, adiposo, calvo, con papada y bajito. Físicamente, lo que se dice una mierda de tío. Sin embargo se comportaba con bastante entereza frente a aquellos asesinos.

Desafiante incluso.

—En lo que va de año le he pagado seis mil dólares a la Organización. Me parece suficiente, ¿no?

—¡Que va, Luchino, que va! —exclamó el árabe navajero—. Estás en un grave error, hombre. Y eso es porque los domingos no lees la crónica de sucesos de los periódicos de mayor tirada de la city: en esas columnas publican la lista de ciudadanos malos pagadores que sufren accidentes... que se encuentran con navajas clavadas en la barriga por eludir sus compromisos con la Organización, ¿comprendes?

—¡Menos oratoria y vamos a lo nuestro! —se inmiscuyó Cosenza—. Lo pinchamos... ¡y a otra cosa!

—No sea temperamental. Sádico. Hay que explicarle las cosas. No podemos ir por la vida pinchando a diestro y siniestro. Luchino... —Mohamed miró al italiano con ojos crueles—, tú te ganas una pasta con los fiambres, ¿no es así? La Organización te ha protegido, ¿cierto? Buena prueba de ello es que tu establecimiento no se ha incendiado, ni se ha convertido en un solar porque nosotros hemos cuidado de que nadie se dejara una bomba descuidada por aquí, y tú, has podido seguir ganando la tela, ¿verdad? Pues tienes que seguir pagando, hombre, tienes que soltar la morterada. No te hagas de rogar, hombre.

—¡Mierda para todos vosotros y para la Organización!

—No sea insolente, Luchino. Me estás faltando el respeto, ¿te das cuenta? Y tú sabes muy bien que tienes que respetarnos.

Luchino, que se encontraba detrás del mostrador, elevando la rodilla derecha por debajo, había conseguido abrir hasta la mitad el cajón central. Dentro, había una pistola pavonada marca Parabellum.

Extendió muy despacio los dedos de la diestra. Ya rozaba la culata. Tiró de ella. Exhibiendo la pistola, gritó:

—¡Que os respete la madre que...!

Sádico Cosenza, su paisano, fue mucho más rápido y certero que él... para su desgracia. Lanzó la navaja que había extraído con centelleante velocidad clavándosela en mitad de la garganta.

Luchino se contrajo por obra y gracia de la mortal andanada. Fue entonces cuando su índice accionó el gatillo. Pero ya se caía hacia atrás y los proyectiles fueron a impactar en el techo.

Los navajeros ya estaban encima de Belusi. Apuñalándolo brutalmente por si no había tenido bastante con el acero que Cosenza le incrustara segundos antes en el gazonate.

Lo cosieron a navajazos, como era hábito en aquellos canallas sabatinos.

CAPITULO PRIMERO

El médico de la prisión miró al muchacho con expresión de desconcierto.

—¿Pretendes burlarte, Steve? Tus muelas están más sanas que las de una mula.

—Cierto, doctor —sonrió el otro—, Pero tenía que apuntarme a reconocimiento para poder hablar con usted.

—¿De veras? Y... ¿sobre qué tenemos que hablar tú y yo?

—Voy a fugarme, doc. Con su ayuda, claro.

El galeno se quedó perplejo.

—¡Estás loco, Steve!

Steve McGraw sonrió con calma. Y muy seguro de sí mismo, prosiguió:

—No lo crea, doctor Allister. Jamás en mi vida he estado más cuerdo y más ilusionado. ¿Ve esto?

Esto, era un revólver del 38.

—¡Pero...!

—Si grita, hace un gesto, dice algo que no me parezca conveniente... o similar, lo enfrío, doc.

Había escondido rápidamente el arma en el bolsillo del guardapolvo azul que llevaba puesto.

Allister estaba pálido.

—No lo conseguirás, Steve.

—Eso, galeno, está por ver. Usted a colaborar, querido, porque si fracaso... palma. Y no le quepa la menor duda de que me lo voy a llevar por delante, ¿eh? Así que, por la cuenta que le trae, empiece a rezar para que la operación tenga éxito.

—Pero... ¡no comprendes que en cuanto te vean los funcionarios...!

—¿Y quién le ha dicho que van a verme, matasanos?

—¡Cuando digo que estás loco! ¿Es que piensas convertir te en el hombre invisible?

—Nones. Qué poca imaginación tienes, doc.

—Entiendo. Te vas a transformar en Superman o Spiderman.

—Si fuera eso, ¿para qué puñetas le iba a necesitar, Allister? Usted no ha leído mi expediente, ¿verdad?

—Por encima, Steve.

—Pues se ha perdido lo mejor. Soy un especialista en disfraces, camarada.

—¡Aleluya! Saldrás cogido de mi brazo y convertido en María Antonieta.

—No exactamente porque Robespierre puede rondar por ahí afuera. Pero... ¿qué le parece si me transformo en Chas Jackson?

¿No se llama así el asno que tiene por ayudante? Somos de una estatura muy similar, tenemos una edad que debe andar a la par... ¿Qué le parece, doc?

Henry Allister, ahora, se fijó con detenimiento en el muchacho.

Lo escrutó, a su pesar, con admirativa fijeza. Era muy joven; 21 años a lo sumo. Tenía cara de niño travieso pero cautivadoramente simpático. Viéndolo, surgía la pregunta de por qué aquel chiquillo encantador estaba metido en la trena. Sus facciones juveniles eran muy correctas y a buen seguro que le hacían ganar muchos enteros frente a la clientela del otro sexo. Pecoso el rostro y pelirrojo el cabello. Ojos grandes, vivos y azulados. Constitución atlética de ágil y elástica musculatura.

Ante el silencio del médico, siguió:

—Verá qué duplicado más perfecto de su ayudante me fabrico. Se la vamos a pegar hasta a la madre de Chas. Y usted, doc, cada vez que pasemos un control, sonreirá como siempre, bromeará como de costumbre, procurará estar muy tranquilo... porque en cuanto pierda la serenidad se me dispara el 38. ¿Va entendiendo, camarada?

—Insisto en que estás loco, Steve. Pero ése es tu problema.

—¿Cómo lo sabe, matasanos?

—¿Y qué hacemos con Jackson?

—Ahora mismo usted le llama por teléfono. Cuando entre en la enfermería le mostraré el revólver y él se estará muy quietecito mientras usted le inyecta por vía intravenosa cinco centímetros cúbicos de Heptarol sódico que es un excelente anestésico. ¿De acuerdo, doc? Después, operación disfraz, y a la puñetera rué. ¿Empezamos, Allister?

Se encogió de hombros.

—¡Allá tú, muchacho! Pero cuando te trinquen no digas que no te había advertido, ¿eh?

—Qué poca confianza tiene en mí, doc. Pero si me trincan en el empeño, como insinúa, recuerde que se juega el pellejo. Usted será mi rehén y último baluarte en caso de que algo se tuerza. No creo que los funcionarios quieran que le deje la penitenciaría sin matasanos, ¿le parece? Por las buenas o por las malas, hoy, estaré en la calle. ¡En movimiento, Fleming! Llame a ese imbécil de Jackson.

Henry Allister, obedeció.

En la calle, sí.

Sencillo y rápido.

A bordo del automóvil del médico.

—¿No me felicita, doc?

—Te van a duplicar la condena, muchacho.

—Comprenderá que no me preocupa porque estoy seguro de que no van a entelegarme otra vez.

—Estabas por asunto de drogas, ¿no?

—*Okay.*

—Y piensas volver al negocio, ¿verdad?

El pelirrojo, tras despojarse de los artilugios faciales que habían servido para convertirlo en un calco de Chas Jackson, musitó:

—Eso va a depender de muchos factores, Allister. ¿Tanto le interesa?

—Es una pena, te cazarán —dijo, sin responder directamente a la pregunta. Añadiendo— Eso, suponiendo que no aparezca encima del Hudson cosido a navajazos; es lo que se estila en los últimos tiempos... ¿lo sabías?

—Algo he oído comentar en el trullo. Pero no va conmigo porque soy... digamos independiente.

—También acuchillan a los independientes, Steve.

—Es gafe de todas-todas, ¿eh, matasanos? Déjese ya de conversación y conduzca con prudencia. Tengo prisa, ¿comprende?

—No la tengas. Mientras estás aquí...

—Silencio, doc. ¡Y basta de premoniciones agoreras!

Se encogió de hombros el médico.

Se habían alejado ya como diez kilómetros del penal y estaban atravesando un descampado con algunos bosques cercanos.

—Eche el freno —ordenó McGraw, incrustando el cañón del revólver entre las costillas del médico.

Eso hizo.

—Pie a tierra, Allister.

Bajaron los dos.

Steve McGraw, de súbito, descargó un culatazo en la nuca del galeno, recogiendo con presteza el cuerpo del doctor entre sus brazos para evitar que llegase al suelo y se golpeará.

Con rapidez procedió a atarlo y amordazarlo arrastrándolo después hacia el núcleo de arboleda más cercano para ocultar la naturaleza de Allister entre los arbustos.

Se despidió con una sonrisa como si el médico pudiese verle y oírle.

—¡*Ciao*, doc! Gracias y buena suerte.

Se fue hacia el coche y salió del lugar, sin prisas, con la mayor

tranquilidad, conduciendo a una velocidad moderada.
Rumbo a la ciudad de los rascacielos.

CAPITULO II

—Balance de la semana —anunció uno de los dos hombres que se encontraban en el despacho—, cinco personas muertas a navajazos. Una, Natalie Burnett, violada antes de que la asesinaran.

—La hija del senador Donald Burnett, capitán Bannion —matizó intencionadamente su interlocutor—. La cosa degenera y se complica. Estamos encima de un polvorín y parecemos no darnos cuenta.

—Lo intentamos todo, *commissioner* (1) —quiso justificarse el capitán. Ampliando—: Pero nada, funciona. ¡Es desesperante! Hay muchos millones de habitantes, muchos drogadictos, muchos traficantes, infinidad de navajeros...

(1) En castellano: comisionado. Equivale en la reglamentación policial española a Jefe Superior de Policía de una ciudad, localidad o ámbito regional según circunstancias. (N. del A.)

—No me parece ése el léxico idóneo de un funcionario de la ley ni tampoco la mejor forma de expresarse, Bannion. Hay amargura en su tono y hasta intuyo una inflexión de fracaso. Parece como si se diera por vencido.

—¡No he dicho eso, comisionado! Llevo casi treinta años de servicio y jamás he arrojado la toalla cuando he tenido que solucionar un caso.

Harry Linder, hombre de avanzada edad, aspecto circunspecto, ademanes moderados, ojos grises y cabellos plateados, observó a su subalterno con evidente benevolencia, diciendo:

—Desde mi puesto de comisionado de policía de esta ciudad no puedo entender ni admitir sus banales justificaciones, sus lamentos diríase... como ser humano, creo que sí le comprendo, Bannion. Pero estamos obligados a reflexionar sobre lo que se nos viene encima. Todo crimen es grave, pero... —hizo un gesto de preocupación, prosiguiendo—: Aunque Burnett parecía tener a la muchacha prácticamente marginada como consecuencia de su afición a la droga y su vida licenciosa, no por eso dejaba de ser su hija...

—Lógico, sí.

—Donald Burnett está desesperado.

—Como estaríamos cualquiera de nosotros, comisionado.

—Ha montado en cólera y se ha puesto al habla con los de Washington para glosar de la eficiencia, entre comillas, de la policía de Nueva York y de su Brigada de Estupefacientes. Nos vamos a quemar los dedos y las pestañas, capitán. Si los de la

capital se cabrean y exigen responsabilidades, rodarán cabezas. La suya y la mía las primeras. ¿Cuánto tiempo lleva al frente de este asunto? Creo que lo ha bautizado con el sobrenombre de «Fiebre de navajas en sábado», ¿no,

Asintió con la cabeza.

—Sí. Al principio creí que se trataba como de una burla, un desafío. A ver si me explico. Parecía como si esos asesinos se dirigiesen a la policía, diciendo: «Sabéis que actuamos los sábados y no sois capaces de impedirlo». Luego me di cuenta de que no se trataba de eso. Los asesinos al servicio de la Organización eligieron el sábado, los sábados, para efectuar las recaudaciones entre las prostitutas, los vendedores callejeros de yerba y heroína, los comerciantes que se ven obligados a pagar cánones de protección, etc. Los que se niegan o discrepan salen en el periódico al día siguiente. Columna de sucesos, claro. ¿Me había preguntado? ¡Ah, sí! Como unos diez meses llevo investigando este asunto.

—Muchos para no poder ofrecer ningún resultado parcial y concreto, ¿no le parece?

Torció el gesto. Dijo, con ira mal reprimida:

—Elliot Ness tardó más tiempo en colocar a Al Capone.

—Me temo que eso no puede servirnos de consuelo en

1981, capitán. Las técnicas y los procedimientos han cambiado. —Pero la lucha contra el imperio de la droga y la Organización es más difícil que nunca. La Cosa Nostra de hoy también es muy distinta a la de los años treinta. ¿Supone acaso, *commissioner*, que ellos no han evolucionado? Sus métodos y sistemas rozan la perfección.

—Recuerde que no existe el crimen perfecto, Bannion. Por otra parte, me temo que sus teorías no serán válidas para los de Washington.

—¡A la basura esos burócratas! ¿Qué van a echarnos en cara si no fueron capaces de abortar el atentado contra Reagan? Aquel fulano no se cargó al presidente de puro milagro. Y los listos, ¿qué? ¿Mirando? ¿Y qué me dice del asesinato de Anwar El Sadat en Egipto? El imperio del crimen y el terrorismo es casi tan perfecto o más que los mecanismos que la ley emplea para combatirlos. El mundo entero es un polvorín y no sólo Nueva York como usted ha dicho antes.

—Vuelvo a insistir en que todo lo que apunta, muy cierto desde luego, no puede servirnos de consuelo. Recuerde que mal de muchos... Este asunto apesta. Huele a sangre... a demasiada sangre.

De una carpeta de plástico que había traído consigo, Bannion extrajo un recorte de periódico agitándolo ostensiblemente frente a los ojos de su interlocutor. Instando:

—Lea esto, comisionado.

—Permítame... —extendió la mano para coger el recorte.

Decía así:

PALERMO A LA CABEZA DEL TRAFICO INTERNACIONAL DE HEROINA

Palermo (Italia). — Veinte toneladas de heroína refinada salen anualmente de la isla de Sicilia, un tráfico controlado por la Mafia que ha convertido a Palermo en capital mundial de la droga, por delante de Marsella y Nueva York.

Estos datos han sido publicados por el diario turinés *La Stampa*, recogiendo declaraciones de magistrados e investigadores, que preparan un proceso con más de 120 acusados, en el que esperan demostrar las conexiones del tráfico de la droga con el poder político y económico.

El juez Giovanni Falcone, que se mueve con escolta y guarda las actas del sumario en un armario blindado, sostiene que es un fenómeno mucho más grave que el terrorismo, un problema nacional que merece la atención del Estado.

La mafia —afirma— está dirigida por personas con

mentalidad de ejecutivo. Médicos, abogados y financieros de fama respetable; se inserta en la actividad productiva y controla a los políticos.

Se calcula que las veinte toneladas de heroína que salen de Sicilia suponen un volumen de negocio de 20.000 millones de dólares, negocios en los que, según los magistrados, se cruzan los más oscuros intereses y complicidades multinacionales.

La droga es tratada en refinerías clandestinas, verdaderos laboratorios de los que este año se han descubierto tres, en los alrededores de la capital siciliana.

Pero frente a la importancia de esta Sicilian Connection, crece el mito de la impunidad de los traficantes. «En Marsella —cuenta un policía— hay 57 funcionarios dedicados exclusivamente a la prevención del tráfico de drogas. En Palermo son menos de diez.»

Y el juez Falcone insiste en que la nueva mafia tiene hombres eficientes que actúan como empresarios y gozan de coberturas porque *«no se puede admitir la multinacional de la heroína como un latifundio»*. Y añade: «Ahora las órdenes parten de Sicilia y en Norteamérica obedecen. Aquí están las refinerías clandestinas y se controla, a través de Oriente Medio, todo el proceso de canalización, distribución y comercialización».

En este punto, el comisionado Linder, apartó el recorte para fijar la mirada en el capitán. Diciendo:

—De acuerdo, Bannion, de acuerdo. Es un asunto de incidencia mundial, ¿quién puede negarlo? Pero nosotros estamos en Nueva York y debemos solucionar nuestro problema. ¡Allá los italianos con los suyos! ¿Cree que se pueden apaciguar los ánimos de Washington leyéndoles esta noticia que, por otra parte, deben conocer sobradamente? No, capitán, no. ¡Ah!, y si nos apoyamos en esa tesis, nos dirán que el juez Falcone, al menos, prepara un sumario con 120 acusados... ¿Dónde están sus inculpados, capitán? ¿Qué nombres poderosos podemos ofrecer a la opinión pública, a los fiscales del Estado?

—¡Tengo nombres! —exclamó, nervioso—. Pruebas son las que me faltan. ¡Ah, si dispusiera de pruebas! Más de un cabrito se iba a acordar del capitán Bannion. Pero es difícil, muy difícil. ¿Acaso piensan los de Washington que las eminencias de la Organización andan por ahí dejando rastro de sus conexiones con el imperio de la droga y el crimen? Lo que dice Falcone en Sicilia es muy cierto... ¡son gente con mentalidad de ejecutivo y cargo

preponderante! Pero con excelentes coberturas que siempre provienen del Estado. ¿O no lo saben en Washington? Allí nacen precisamente los apoyos incondicionales a los mafiosos de élite. Porque los políticos necesitan de ellos, de sus influencias y de los votos que les aportan en las campañas electorales que después les permiten amasar poder. Pero eso se paga... ¿cómo? Otorgando licencia y patente de corso a los mafiosos...

—¡Vale, vale, capitán! Déme nombres al menos.

—¿De aquí... De Nueva York?

—¡No van a ser de Pekín! ¡Claro que de Nueva York!

—Usted los conoce tan bien o mejor que yo.

—Intente sorprenderme de todos modos.

El capitán Bannion se removió en el fondo de la butaca que ocupaba. Y carraspeó antes de anunciar:

—Calogero Hayman; su nombre completo es Calogero Vitale Hayman. Usa del apellido materno para ocultar su ascendencia italiana. El padre de Calogero era milanés y mafioso por los cuatro puntos cardinales; trabajó a las órdenes de Johnny Torrio y Big Colossimo, siendo uno de los más activos impulsores de la Cosa Nostra entre 1934 y 1947. Su hijito del alma, ¡y de perra también!, Calogero, es el director de la Canadian Insurance, una de las más importantes y prestigiosas compañía de seguros, cuya sucursal en Nueva York maneja él a su antojo. Tiene más influencia en Washington que usted y que el propio Reagan. ¿Cómo se supone que puedo desenmascararle?

—Con pruebas.

—Intente aunarlas y amanecerá flotando en el Hudson River. Con mucho plomo en la panza, obvio.

—Bonita filosofía para un capitán de la Metropolitan Police.

—¡Es la triste y puñetera realidad, narices! —se desesperó Bannion. Añadiendo—: Usted lo sabe, comisionado. Es imposible sentar a uno de esos tipos en el banquillo. Están muy altos, fuera de nuestra órbita.

Una crispación brusca contrajo las facciones del comisionado de la policía neoyorquina. Se contuvo y dijo:

—Siga con la lista de nombres, capitán.

—Stephen Marwin. Es el secretario general del Sindicato de Transportes. Poder infinito el suyo y no sólo por las personalidades con quienes se relaciona, sino por la cantidad de gente que maneja. Otro intocable. Tiene en sus manos muchos votos para los politicastros de la capital. ¿Por qué no vienen ellos a buscar pruebas y acusarles?

—¡Porque ésa es nuestra misión, Bannion! La suya y la mía. ¡Déjese ya de cubrir sus fracasos, capitán!

Brooke Bannion, capitán de la Metropolitan Police de Nueva York y adscrito también a la Brigada de Estupefacientes, hinchó su fornido tórax con fuerza y sonoridad. Como si respirase con fatiga... o con rabia. Su rostro ancho y sanguíneo enrojeció todavía más que de costumbre. Sus puños se crisparon hasta hacer blanquear los nudillos. Tras unos segundos de contenerse y hasta puede que de reflexión, admitió con mal fingida humildad:

—Creo que tiene razón, comisionado. Disculpe. Somos nosotros los responsables, sí. Creo que esa misma responsabilidad y la impotencia que en estos casos conlleva, me descompone.

—Le entiendo, capitán, le entiendo —aceptó Harry Linder, conciliador.

—Me queda un tercer nombre... aunque puede que haya más. Sandrino Calabria, otro italiano de... —se contuvo a tiempo, antes de decir: mierda. Siguió—: Es el presidente del consejo de administración de la PUB'S-TOUR'S, empresa que controla la marcha administrativa y económica de un gran número de clubs nocturnos y pub's de la ciudad. Algo así como una multinacional que se llama ahora. Tiene su base de operaciones en un night-club lujoso de por más, el METAMORFOSIS. Droga, juego, homosexualismo y prostitución; dispone de privados muy discretos donde Eros y Lesbos campan a sus anchas. Si aparecemos por allí para efectuar un registro no encontraremos nada que no sea legal. Eso lo sabe usted como lo sé yo, comisionado. Nada que hacer por ese camino. Y si trincamos a uno o a cien de los que trabajan para esos magnates del hampa ya sea vendiendo droga, controlando la prostitución, cobrando los impuestos de protección o clavando navajas, conseguiremos sus condenas... y a veces puede que ni eso, pero no nos llevarán hasta los capitostes porque ni siquiera saben que están a su servicio.

—Hay que hacer un esfuerzo supremo para encontrar las conexiones entre los de abajo y los de arriba, capitán —dijo, resuelto, Harry Linder.

—Confieso que en eso estamos sin demasiado éxito... ¡Ah, se me olvidaba algo importantísimo! Reciben apoyo policial... ¡es flagrante! En muchas ocasiones saben de nuestros movimientos antes de que se produzcan. Esa información sólo puede salir de las propias estaciones policiales.

—¿Tiene nombres, capitán?

—¡Otro gallo me cantaría si los tuviera! Esos están muy en el anonimato porque saben perfectamente que se la juegan. La corrupción dentro de nuestro cuerpo es un problema tan grave como insoluble, comisionado.

—¿No existe la menor pista para poder abrir un expediente?

—No —negó el capitán Bannion—. De poseerla ya hubiese

hablado con los de Asuntos Internos.

—Si, tiene razón, es un gravísimo problema muy difícil de solventar —acabó admitiendo el comisionado.

—En Washington, Linder, que piensen y digan lo que les dé la gana. Seguiremos con nuestros métodos. Estoy convencido de que en el momento menos pensado vamos a...

—Este asunto ha ido demasiado lejos y ahora nos exigen resultados perentorios —le atajó el comisionado—. Estamos frente a una situación límite y hay que actuar.

—¿Cómo? ¿De qué forma? Lo estamos intentando todo, lo hemos intentado todo y...

—Este caso le ha sido asignado a un KAO.

Brooke Bannion expresó con su gesto y la boca entreabierta genuina estupefacción.

—¿KAO? —repitió—. ¿Qué es eso?

—Las siglas de Kamikaze Anticrimen Organization. Un cuerpo de novísima creación que depende directamente de la Seguridad del Estado. Cada comisionado puede recurrir a él en circunstancias extremas y se le asigna uno de esos miembros para investigar en la misión a que se refiera.

—¿Y usted ha solicitado...?

—Exacto. «Fiebre de navajas en sábado» precisa la intervención de un KAO.

Bannion pasó de la inicial sorpresa al escepticismo.

—¿Está hablando en serio, Linder? ¿Un sólo hombre para combatir una organización parida y estructurada para la corrupción y el crimen? ¡No me haga reír!

—A lo mejor es una mujer en lugar de un hombre, capitán.

—¡Aunque fuese la mismísima Mata Hari! Eso queda bien en las novelas y los telefilms de serie... ¡la realidad es abismalmente distinta! Ese o esa KAO está condenado a muerte. ¡Ojalá me equivoque!

—No lo crea, Bannion. Tienen una preparación especialísima y se les adiestra con métodos muy modernos y sofisticados. Son verdaderos malabaristas en la lucha contra el crimen.

—¿Y yo? —pareció dolerse el capitán—, ¿Qué pinto en todo esto a partir de ahora?

—Seguiré como hasta hoy, Bannion. Trabajando con sus métodos.

—Podría colaborar con esa persona, ¿no?

—Imposible —negó el comisionado—. La identidad de los Kamikaze Anticrimen Organization debe permanecer en el más estricto anonimato. Sólo unos pocos, todos ellos conectados con la Seguridad del Estado, les conocen. Es una garantía imprescindible

para el desarrollo de sus misiones; cualquier indiscreción podría resultar fatal para la integridad de esos miembros.

—Bien... —musitó el capitán con manifiesta tristeza—, si no desea otra cosa debo retirarme. Aunque al margen, sigo en el asunto y creo que tengo qué hacer.

—No lo tome así, Bannion. Nadie pretende marginarle...

—Buenos días, Linder.

—Buenos días, capitán.

* * *

Una vez solo, Harry Linder accionó un pulsador que había sobre su mesa.

Una persona accedió al instante.

—¿Ha escuchado atentamente, supongo?

—Con puntos y comas, señor. Uno de los personajes a que se ha referido el capitán lo tengo en cartera. Creo que estoy en el buen camino y espero obtener resultados positivos.

—No he querido mencionar ante Bannion el hecho de que usted ya lleva tiempo en el asunto por dos razones; una, por no herir más su dignidad profesional, otra, porque quizá él se hubiese sentido respaldado frente al hecho de que es tarea larga el acabar con la Organización. ¡Ah!, ya ha oído la exposición del capitán acerca de los muchos peligros, incluso el de muerte...

—Es una constante de mi trabajo, comisionado. Se nos prepara para eso, ¿no? Kamikaze es sinónimo de suicida. Y aunque no se trata precisamente de suicidarse, sí se corre el riesgo de que lo suiciden a uno. Quería decirle que lamento la frustración de Bannion. A través de sus explicaciones me ha parecido un profesional digno y honrado. Desde la sombra procuraré colaborar con él para que se apunte algún tanto.

—Es usted nuestra última esperanza —dijo Harry Linder con inflexión grave—. Me siento obligado a confiar ciegamente en su éxito.

—Hasta el momento he conseguido avanzar en las estructuras de este asunto, quizá con cierta lentitud porque el montaje de mi trabajo así lo ha requerido, pero con seguridad. Creo que no le defraudaré, comisionado.

—Sabe cómo contactar conmigo en caso de emergencia, ¿no?

—Por supuesto.

—Buena suerte entonces.

—Gracias.

Perry Street, 37.

En Greenwich Village.

LA LIBERTE.

¡Y la leche, también!

Eso pensó el desmadejado pelirrojo que acababa de introducirse en el tugurio, con sólo avanzar un par de pasos en su interior.

Y matizó para sus adentros: «Esto es como un drugstore del vicio». Efectivamente; el que allí no encontrase la especialidad que le iba a su degradada condición moral y física, ya podía largarse a dormir a casa.

Ambiente gay... y también material de todos los gustos para los heterosexuales.

Niños y niñas, en una palabra.

Conforme se adentraba uno en el ambiente se veía menos por causa de las columnas sicodélicas de alumbrado que descendían del techo a intermitencias, acabando por marear la retina.

Música estridente y chillona para que en la pista situada en el centro las parejas hicieran de todo menos bailar, claro. Refregones a punta de pala; el precalentamiento que se llamaba. Los más fríos agitaban el esqueleto como cockteleras.

Steve McGraw aspiró con fuerza para llenar su nariz de mil olores distintos. Su pituitaria estaba preparada para distinguir entre aquella dispar mescolanza de fragancias un perfume muy sutil y particular.

Yerba.

En LA LIBERTE se fumaba a manta.

Un largo mostrador a la izquierda atendido por tres uniformados elementos con pinta de mariquitas.

—Un whisky.

—¿Alguna marca especial?

Se encogió de hombros con una sonrisa burlona en los labios.

—La primera que pilles, camarada.

Le escanció Ballantin's en el vaso.

—¿Algo más, muchacho?

Le estaba insinuando si quería lío sexual o porro.

—El vicio lo elijo yo, muñeco.

El otro se alejó hacia un extremo del mostrador soltando un gruñido.

Los de la orquesta, es un decir, dejaron de hacer ruido por unos instantes.

McGraw, a quien los ojos ya se le habían acostumbrado a la molesta penumbra, escrutaba a su alrededor.

Entonces la vio.

Una chavala maja, ¡sí, señor!

Y aunque ella había hecho lo imposible por identificarse con el ambiente del lugar: vestimenta ácrata, aspecto descuidado, rostro pintarrajeado en exceso y a buen seguro yerba dentro del pitillo que sostenía, humeante entre los labios, estaba claro que era de otra condición.

En aquel instante, la asediaba un tipo.

El menda tenía pinta de estar de vuelta. Iba de pasota. Chaquetilla y pantalones negros de cuero. Manos hundidas en los bolsillos. Daba vueltas alrededor de la mesa donde estaba la chica, observándola. Vacilón que era el tío.

Steve dejó tres dólares encima del mostrador, atrapó el vaso, codeó entre los que se interponían en su trayecto, con suavidad, para ir acercándose donde estaba la muchacha y su admirador.

Cada cual a su rollo y por el momento nadie parecía meterse con nadie.

Steve, se detuvo, vaso en ristre, cerca de la mesa que ocupaba ella.

El que iba de fantasma seguía dando vueltas alrededor de la chica.

Se detuvo, inclinándose hacia la muchacha, y se acodó en la mesa para decirle:

—Me vas un kilo, princesa.

Ella, le echó una bocanada de humo sobre el rostro.

—Abrete, ligón. Tu no me molas.

—Eres la primera que me dices eso, cheli. Aunque a lo mejor... —soltó una soez risotada—, acabas conmigo en la cama.

Chispearon los bellos ojos de la hembra.

—¡Muérete, cerdo! Ni borracha me acostaba con un tipo como tú.

La atrapó por un brazo.

—Te la estás jugando, prenda. Nadie le habla así a Violento Benjamín. ¿Sabes lo que significa, Violento...?

—¿Por qué no me lo cuentas a mí, tío? —Steve juzgó que había llegado el momento de intervenir.

El de negro se volvió hacia él.

—¿Y a ti quién te ha llamado, nene? Voy a tenerte que currar, ¿sabes?

—¿Por qué no lo intentas, matón barato?

Sacó la diestra del bolsillo.

Las luces sicológicas arrancaron tétricos reflejos, destellos mortales de la hoja de acero que blandía.

El whisky que Steve tenía en el vaso le fue a la cara.

—¡Hijo de perra!

Escocía, claro.

Steve le clavó la puntera de los dedos de la zurda en el plexo y cuando el pasota boqueó, con la diestra, de canto, le sacudió violentamente en el gaznate para sentarlo, asfijado, en mitad de la pista tras tropicar con alguna pareja.

—¡Bravo, campeón! —aplaudió la chica, irónica.

Parecía no impresionarle demasiado la exhibición del pelirrojo.

—¿Tú también intentas ir de pasota, niña? —inquirió Steve, sentándose junto a ella.

—El número está muy visto, pelirrojo. El, de malo; tú, de bueno. Y yo, ligada por tus ojitos azules de caballero andante. ¿Por qué no procuráis ser más originales?

—Como quieras, enterada —dijo sin emoción—. Me largo. Ya te las arreglarás con el de la navaja cuando vuelva.

—¡Yo también sé karate! —exclamó, intentando decir que no lo necesitaba, pero queriendo impedir que se fuera.

En efecto, Benjamín, una vez repuesto, volvía.

Pero por él, no por ella.

—¿No has tenido bastante, chusma?

Violento se le vino encima, centelleante, con la intención de atizarle un cabezazo en el entrecejo, golpe que hasta podía resultar mortal.

Steve hizo algo raro. Como si fuese un bailarín se sostuvo únicamente con la pierna derecha alzando la izquierda al nivel de la cintura, girando como un peonza, arreándole un viaje brutal en la cabeza.

Benjamín, sorprendido por la contundencia de la andanada, creyó que en el interior de su cráneo había estallado una bomba. Se encendieron miles de lucecitas burlonas y multicolores.

Anduvo unos pasos, tambaleante. Groggy.

El pelirrojo lo sostuvo por el cuello de la chaquetilla tirando de él hacia la barra.

Nadie hacía el menor intento de intervenir. Cada cual a lo suyo. Allí hacían muy válido lo de que cada palo aguantase su vela... o los leñazos que le arreasen.

—Este tiene sed, muchacho —Steve señaló al atontado Benjamín, que seguía sosteniendo por el cuello—. Pónle algo fuerte, ¡rápido! Y que sea doble.

Sirvió una mezcla de ron y gin.

McGraw le obligó a beber. No tuvo demasiadas dificultades.

Aquello debía de quemar en el estómago porque Violento se vio acometido por una profunda arcada. Steve le encasquetó el vaso entre los labios para hacerle apurar el brebaje.

Tosió, convulsionándose, hasta reaccionar y abrir los ojos.

—¡Mald... maldito... me las...!

—¿Insinúas que te las voy a pagar, querido? ¡Claro! Esta próxima la pago yo. Lo hago siempre que invito. ¿Quieres otra?

—¡Puer... puerco!

—Yo en plan generoso, dilapidando mis caudales contigo, y tú, venga a insultarme.

Le atizó un mamporro en mitad de los hocicos haciéndole sangrar.

—A ver si aprendes a ser más educado, Violento. De lo contrario, te voy a dejar sin muelas. Y no me gustaría, porque tú y yo tenemos que mantener una extensa charla: ¿estás dispuesto a conversar, violentillo?

La sangre le corría a hilos por la comisura de los labios. Pero entendió claramente que estaba en manifiesta inferioridad de condiciones porque asintió con la cabeza.

Steve cargó de nuevo con él llevándolo hacia un rincón del local. Alguien no estaba de acuerdo con la maniobra. El tipo, vestido como una copia de Violento Benjamín, que se interpuso en el trayecto de McGraw.

—Suéltalo, ¡hijo de mala madre!

¿Por qué tenían siempre que pagar las madres, ajenas a las travesuras de sus diablillos?, se preguntó Steve.

El fulano de negro empuñaba una enorme Browning con silenciador.

La cosa pues, comprendió McGraw, no estaba para andarse haciendo preguntas sobre la integridad de las madres.

Se produjo con la rapidez crónica él. Siempre era importante el factor sorpresa. Precisamente por eso, Wellington derrotó a Napoleón en Waterloo. Hizo como que soltaba a Benjamín pero para proyectarlo contra el otro.

Naranjas.

Esta vez no hubo factor sorpresa. El menda estaba en el mundo y sabía de qué iba el asunto porque intuyó la reacción de Steve saltando a un lado al tiempo que oprimía el gatillo apuntando al pecho de McGraw.

No tenía opción. Le habían cazado. Ni rezar le era útil ya.

¡Que extraño que el disparo restallase como un cañonazo! ¿No llevaba, aquel borde, silenciador en la pistola?

Sí... pero el revólver de la chica no lo llevaba.

Por eso había sonado el disparo.

El de ella, claro. Que se había anticipado por fracciones de segundo al antagonista de Steve, incrustándole un plomo en la nuca.

El tipo se vino hacia adelante, tambaléandose, para acabar de

bruces en tierra con violento estrépito. Pesaba lo suyo, sí. El proyectil de la Browning silbó cerca del cuerpo del pelirrojo y siguió su línea ascendente, en diagonal, perdiéndose en las alturas, por los alrededores de la barra, con el consiguiente malestar de los camareros... o camareras. Eso, según versiones.

—¡Magnífico disparo, pequeña! —exclamó el pelirrojo.

Y acto seguido la tomó del brazo tirando de ella hacia la salida. Era lo más prudente antes de que se complicasen las cosas y apareciesen los amiguetes del fiambre.

Corrieron hasta la confluencia de Perry con Hudson Street.

Steve, jadeante, preguntó:

—¿Dónde vamos?

—A mi casa. En el fondo es lo que estabas deseando desde que me has visto, ¿no?

Hizo él un guiño simpático y burlón.

—¿Yo? —se sorprendió—. Eso tú, muñeca... Has matado a un hombre para poder llevarme a tu lecho, ¿cierto?

—¡Fantasma!

Sin prejuicios la estrechó contra su torso para besarla en la boca con largueza. Ella dio buen juego abriendo los labios para saborear los del pelirrojo.

—Fantasma... —murmuró con la respiración entrecortada porque el beso la había dejado sin aire en los pulmones—, pero delicioso. ¿De qué castillo te has escapado, muchacho?

—De uno con rejas, prenda. Aún no te has presentado...

—Africa Lange.

—Un continente de mujer con tantas curvas como tú tenía que llamarse Africa, sí. Bonito nombre, maravilloso cuerpo, extraordinaria hembra...

—No te embales, hombre. ¿Cómo te llamas?

—Steve McGraw, para adorarte. Y si hemos de ir a tu casa...

—He dejado mi auto aquí cerca.

—¡Hoy es mi noche, muñeca! Me ligo una mujer de película y encima con coche y todo. Mi madre tenía razón, soy un chico con estrella. Hay que reconocer que tengo ángel, desde luego.

—Pedante y fatuo sí eres, muchachito.

—El que uno mismo reconozca sus virtudes es carecer de falsa modestia, pero si tú quieres llamarlo pedantería...

Africa se detuvo junto a un Ford biplaza metalizado en gris. Abrió la portezuela, invitando:

—Estás en tu casa, chico con ángel.

—Me halagas... —y se introdujo en el vehículo.

CAPÍTULO IV

—Steve... ¡oh, Steve! Eres maravilloso. Me tienes en la gloria... ¡Oh, mi vida, oooh!

Las oleadas de éxtasis se estrellaban con arrolladora violencia contra los ávidos acantilados de su pasión transportándola a una galaxia paradisíaca. Era el cénit del amor que flagelaba dulcemente su ardiente naturaleza haciéndola zozobrar.

Un último flash la obligó a estremecerse, abrazándose con desesperación contra el hombre.

—Es como morir... —susurró con voz queda, entrecortada.

Después, un beso apasionado.

Silencio final a lo largo y ancho de varios minutos.

La meditación que siempre imponía el placer.

Steve McGraw prendió un pitillo.

Sus azuladas pupilas se perdieron entre las tupidas columnas de humo que formando después tímidas espirales se diluían en el ambiente hasta confundirse con el aire invisible.

—Una mujer como tú no encaja en un lugar como LA LIBERTE por mucho que trate de identificarse. ¿Qué hacías allí?

—Eso mismo iba a preguntarte.

—Se me ha ocurrido primero. Respeta el derecho de prioridad.

—Me gusta la yerba. He ido a fumar.

—Te falta aplomo para mentir, Africa.

Dio media vuelta y se incorporó sobre él para besarle en la boca.

—Me encantan tus labios, pelirrojo. ¿Por qué eres tan preguntón?

—Se trata de un mecanismo de autodefensa. Así evito que me pregunten a mí.

—Original. ¿Me enciendes un cigarrillo?

Lo hizo, poniéndoselo en la boquita. Ella inhaló el humo con fruición y tras expulsarlo, anunció:

—Investigaba.

—Excitante...

—¿Te apetece un whisky, Steve?

—Lo agradecería, sí.

Africa saltó de la cama cubriendo su cuerpo con una camisa.

—¿Vienes?

Instantes después estaban en el living.

Retrepado anárquicamente en una butaca, la contempló.

Era una mujer a considerar, desde luego. Inteligente y con un físico de infarto.

Rozaba el metro setenta. Ciento setenta centímetros de fábula,

excepcionalmente aprovechados, con entrantes y salientes definidos de maravilla. Torneadas sus piernas que la camisa de corte masculino descubrían hasta la mitad de los morenos muslos, curvilíneos, pletóricos. En arco prieto las firmes nalgas que la tenue braguita contribuía a resaltar. Breve y cimbrea la cintura en donde su armazón seguía hacia lo alto simulando un ánfora griega cuyas asas se mutaban en unos senos erguidos, desafiantes y altivos, nada ostentosos pero suficientes.

Su corta melenita en moderna permanente llena de rizos salpicaba la frente enmarcando un cutis ovalado de bronceas facciones. No perfectas pero sí con exótico impacto. Brujos y meridionales sus enormes ojazos negros, llenos de fulgor azabache, profundos, vivos y limpios. Gordejuelos sensuales labios, frutales como la suave escarcha del estío, cálidos y acariciantes.

—¡Vaya radiografía me estás haciendo, pelirrojo! ¿Es que no te has hartado ya de mirarme?

—Los explosivos encantos de la fémina jamás hartan la ambición de la mirada masculina.

—¿Shakespeare?

—No Steve McGraw. Y añadido: después de hacer el amor estás más preciosa todavía —suspiró, como cansado de sus propias filosofías. Y cambiando el rumbo de la oratoria—: ¡Esto...! —se mordió el labio inferior, dubitativo—: Has dicho que investigabas, ¿no?

Africa sirvió los whiskys.

—Más o menos.

—Nunca había conocido una detective privado.

—Siempre hay una primera vez. Te felicito por tu brillante deducción.

—Elemental —paladeó un trago del ambarino líquido—, ¿Por cuenta de quién? Se supone que la ley os obliga a tener un cliente, ¿no?

—Y nos exige de revelar su identidad si no es frente a un juez.

Se dejó caer en una butaca gemela a la ocupada por Steve y pasó sus preciosas piernas por encima del respaldo. Quedaban por completo al descubierto. Estaba excitante a la enésima potencia.

—Me haces sentir como un moderno cruzado.

—No irás a decirme que la guerra que te inspiro es santa, ¿verdad?

—Más bien no, pequeña. Olvídalo —pero tuvo que hacer un escorzo mental para sustraerse a los peores pensamientos que lo asaltaban—, ¿Cómo has dicho que se llama tu cliente?

Bebió. Y con sus negras pupilas a ras de cristal, con mohín picaro

y tentador, musitó:

—¿Lo he dicho?

—Debieras.

—El sábado acuchillaron a una muchacha. Su hermana me ha pedido que investigue el crimen.

—¿Te importa matizar? Una muchacha, su hermana... todo muy ambiguo.

—Natalie Burnett. Hija de el senador Donald Burnett. La había marginado por su afición a las drogas y el entorno libertino en que se movía. Estaba viviendo con un gigoló de pacotilla. El amor mueve montañas...

—La fe, muñeca, la fe.

—El amor convierte a las chicas buenas en malas y éstas se prostituyen y venden drogas...

—Para mantener al chulo de turno. Filosofía de la vida.

—¿Moralista, 'Steve'?

—¡Qué va! Me horroriza la moral. ¿Por qué asesinaron a Natalie?

—Eso debo averiguar. El por qué y quiénes lo hicieron.

—¿Qué te hace suponer que las respuestas estén en LA LIBERTE?

—En ese estercolero se dan cita los vendedores callejeros de yerbas y, lógicamente, también los distribuidores. Según me informó Senta Burnett, su hermana Natalie frecuentaba el lugar. El tipo que me abordó, el tal Violento Benjamín, tiene todas las características de estar metido en el ajo; encaja en el papel de distribuidor... y navajero. Estaba allí esperando la oportunidad de poder sonsacar a un tipo como él, pero tu intervención lo ha echado todo al traste.

—Me temo que no hubieras tenido excesivo éxito. Benjamín sólo pretendía que le acompañases a darle juerga al esqueleto. Un mal bicho. Drogas, navaja y lujuria. Lo mismo que el que te has cargado.

—Puede que tengas razón —admitió Africa—. ¿Por qué no hablamos un poco de ti? ¿De dónde sales, pelirrojo?

—Del talego, prenda —repuso tranquilamente.

—¿Libertad vigilada?

Negó, burlón, con la testa.

—Me he concedido la definitiva. Libre como un pájaro. El juez se pasó conmigo y he decidido que debía largarme.

—¿Así de sencillo?

—Como lo oyes, querida. Lee los periódicos de mañana y lo comprobarás. Se está muy incómodo en la cárcel, ¿sabes? Sobre todo si se ama la libertad como la amo yo. Puede que no sea muy ortodoxo, pero...

—¿Por qué te metieron?

—Supongo que por error. Alguien que me tenía ojeriza.

—¿Eres capaz de hablar en serio cinco minutos?

Sonrió burlón.

—Soy —y tras apurar el whisky, siguió—: Estaba en Chicago. Sin trabajo. Eso me hizo frecuentar ambientes dudosos. Hampones de tres al cuarto, drogadictos, chicas de mala reputación. Sin embargo, conocí una que me pareció mejor que las otras. Sapho Blair. Me gustaba. Ella, en verdad, no podía arrojar la primera piedra, pero se lo montaba bien. Tenía amigos influyentes. Salimos.. .

—¿Dormisteis?

—Más bien lo hicimos despiertos. Me presentó gente de cierta importancia y pude introducirme en el negocio. Se ganaba dinero, sí. Pero la cosa duró poco. Una redada tan extraña como estúpida y una sentencia de seis años. Lo que te decía antes, entiendo que el juez se pasó conmigo y cuatro meses después he decidido largarme. Puede... —ofreció una expresión de duda—, puede que las confidencias de un compañero de celda que ingresó dos meses después acerca del mundo de la droga neoyorquina, y de una chica llamada Sapho a la que había conocido recientemente y que se codeaba con un mafioso de guante blanco... es posible que todo eso influyera en mi decisión, precipitándola.

—¿Crees que Sapho te vendió?

—Es una hipótesis, Africa. Pero ahí no termina todo, ¿sabes?

—Si no te explicas mejor...

—¿Me pones otro whisky?

—Okay.

Le llenó el achatado vaso de cristal tallado.

Tras ingerir un trago, amplió de esta forma sus explicaciones:

—El mundo, pequeña, está muy mal montado en todos sus estamentos sociales. Y sobre todo en el ámbito del crimen. Unos, los de arriba, medran a pan y cuchillo, nadan en la millonada a costas de cuatro mil desgraciados que se parten los cuernos por ahí y que se reparten las condenas cuando llega el momento. Ellos, los de arriba, van de intocables. Otros, los del arroyo, van de víctimas. El hampa, la Mafia, la Organización que se le llama, no es más que un fascismo repugnante...

Africa Lange no pudo contener una carcajada tan sonora como espontánea.

—¡Steve, muchacho —exclamó—, despierta! ¿No irás a decirme que pretendes socializar la Mafia?

Rio él también aunque con cierta amargura.

—Sería lo ideal, pequeña. Pero sé que es imposible. Sólo pretendo arreglar algo que tengo pendiente con ellos. A lo mejor

así, contribuyo a hacer una Mafia mejor. Más humana quiero decir.

—¿Cómo, pelirrojo?

—Espero que Sapho me ayude a escalar peldaños. Mi contertulio en la prisión me aseguró que se deja ver por ahí en compañía de uno de los tipos de arriba. A ver si me acuerdo... — se mordió el labio forzando el pensamiento—, se llama, se llama... ¡Ah, sí! Sandrino Calabria. Va de intocable. Está relacionado con no sé qué negocios y con la droga también, claro. Frecuenta algunos pub's, entre ellos LA LIBERTE y otro de más altura llamado METAMORFOSIS. Decidí empezar por el primero. Por eso nos tropezamos, prenda. Ya hemos hablado de mí, ¿satisfecha?

Ahucó los labios.

—Hum... No.

—¿Por...?

—Puede que hayas dicho algo de verdad pero, en líneas generales, tu historia suena falsa.

—Lamento no tener nada mejor que ofrecerte. Eso es todo, Africa.

—Admitámoslo así, pelirrojo. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Seguir.

—¿Sapho?

—He de encontrarla. ¿Y tú?

—Seguir también. Tengo que dar con los cerebros ocultos que mueven a los distribuidores que me imagino son los navajeros también. Ese individuo, Violento Benjamín, encaja perfectamente en las dos facetas. Hubiera sido bueno interrogarlo.

—Eso me disponía hacer cuando apareció el otro.

—¿Podemos trabajar juntos, Steve? El objetivo es común...

—Podemos, sí. Me hace falta un coche y un apartamento.

—Tengo las dos cosas... ¿O ya no te apetece...?

—Ven, pequeña.

Fue.

El la sentó en sus rodillas para buscar sus labios para saborearlos con avaricia. Se quedaron sin aliento.

—No he querido decir eso, Africa. Pero tenemos que movernos por separado, ¿entiendes? Es absurdo que andemos juntos cuando hay varios caminos a seguir. Nos seremos más útiles trabajando en diferentes direcciones. Además...

—Además, ¿qué? —quiso saber la muchacha ante la duda que había hecho enmudecer a Steve.

—No me perdonaría nunca que por mi culpa te sucediese algo, pequeña. Algo malo, quiero decir. Vivir aquí se convertiría en un peligro.

- Estoy acostumbrada a correr riesgos, amor.
- Y yo. Pero no a hacérselos correr a los demás. Lo haremos a mi manera, Africa.
- Hace un momento predicabas teorías socialistas, y ahora, me sales con posturas radicales. No te imaginaba machista.
- Y no lo soy. No confundas la lógica con el machismo.
- Consensuada la moción que es lo mismo que admitida, ¿qué?
- Yo me dejaré caer por METAMORFOSIS...
- ¿Te obsesiona el encamarte con Sapho, verdad?
- ¿Celosa?
- Realista. Pero sigue...
- He de encontrarla, fuera de la cama. Sólo ella puede llevarme donde yo quiero. He de introducirme en la Organización para conseguir mis propósitos. Tu, con precauciones máximas, has de hacer por encontrar a Violento Benjamín. Me has dicho que sabías karate, ¿no?
- Sé karate.
- A ver si te sirve para hacerlo hablar. Por la mañana me buscaré apartamento y vehículo...
- ¿Tienes dinero?
- Lo encontraré, no es problema.
- ¿Ofendería tu dignidad aceptar un préstamo de ésta tu... amiga?
- En absoluto. Ello te demuestra que no soy machista.

CAPITULO V

Era un tipo fenomenal.

Posiblemente el más completo de cuantos Africa Lange había conocido hasta entonces.

Resuelto, decidido, seguro de sí mismo pese a su aparente indiferencia, convencido de lo que hacía más allá de su talante liberal, de su expresividad anárquica.

Excelente amante también.

El hombre del que Africa se sabía capaz de enamorarse, sí.

Esta era la valoración que ella hacía de Steve McGraw, de aquel pelirrojo, según él, fugado de la penitenciaría.

Pero su instinto femenino le aseguraba que Steve no era sincero.

Y ella, tenía que asegurarse del terreno que pisaba. No podía correr riesgos. Aunque poca, su experiencia era suficiente como para dictarle que caminaba por terreno pantanoso y cualquier error, confianza o desliz, podían costarle la vida.

La Organización tenía poderosos tentáculos que llegaban a todas partes de mil distintas maneras.

¿Quién era realmente Steve McGraw?

Lo primero que hizo al salir a la calle fue comprar el *New York Times* buscando la crónica de sucesos.

Allí estaba, sí.

La fotografía de Steve McGraw.

Inconfundible. Bien reproducida.

Y la historia también.

Que en síntesis venía a decir lo siguiente: *Steve McGraw había sido detenido por la Brigada de Narcóticos de Chicago. Durante el juicio negó su participación en la venta callejera de drogas menores pero las pruebas obtenidas contra él apuntaban lo contrario. Una condena —bastante benévola según apreciación del periodista— de seis años había recaído sobre McGraw, sentencia que debía cumplir en la penitenciaría de New York. Acababa de fugarse cuatro meses después de su ingreso.*

Se relataban los pormenores de la fuga incluyendo la declaración del doctor Henry Allister.

Africa hubo de reconocer que aquel testimonio escrito refrendaba las explicaciones de Steve.

Puede que sí... puede que su historia fuera cierta y que él fuese quien pretendía ser.

Siguió con la columna de sucesos hasta encontrar otra cosa que era de su interés.

Se hablaba en ella de... Malcolm Jason, individuo de conocidas vinculaciones con el hampa menor, había sido asesinado por una

mujer cuya identidad no se había establecido en un club de dudosa reputación llamado LA LIBERTE. La policía trataba de relacionar al muerto con el grupo de navajeros que asolaba la ciudad pero, este punto no había sido confirmado. También se estaba investigando sobre la autora del disparo que causara la muerte del tal Jason. Lo verdaderamente importante del caso — siempre en opinión del titular del artículo y de las declaraciones que éste había obtenido de los testigos presenciales del suceso— *quedaba circunscrito al hecho de que la mujer había disparado sobre Jason para evitar que éste lo hiciera contra un individuo cuya descripción física encajaba al dedillo con la del tipo fugado horas antes de la penitenciaría neoyorquina: Steve McGraw.*

A partir de aquí el periodista se extendía en una serie de consideraciones e hipótesis muy *sui generis*, excesivamente subjetivas.

Africa Lange regresó a su apartamento pensando que no sólo se había convertido en una criminal —la verdad sea dicha eso le importaba poquísimo porque entendía que liquidar a un elemento como Malcolm Jason era hacerle un tremendo beneficio a la sociedad... una sociedad que, de otra parte y bien mirado, posiblemente no se merecía nada— sino en la cómplice de un fugado de presidio.

Eso, en honor a la verdad también, tampoco le importaba demasiado.

Se olvidó de todo ello para dedicarse a pensar en Violento Benjamín.

Volver a LA LIBERTE era todo un riesgo. Pero no tenía alternativa puesto que era el único lugar donde era factible localizarle.

Así pensando la sorprendió el campanilleo del teléfono.

—¿Sí? —inquirió, recogiendo el auricular.

—Soy Steve, Africa. Supongo que has leído los periódicos, ¿no?

—¿Tienes telepatía?

—Simple lógica, pequeña —dijo el pelirrojo desde el otro extremo del cable—. No hace falta ser una eminencia para entender que no habías quedado muy satisfecha con mi historia. ¿Ahora?

Rió ella tenuemente.

—Sigo teniendo reservas. ¿Has alquilado el apartamento?

—Okay. Cerca del Broadway. En el 194 de Newton Street. Me he hecho también con un Chevrolet de segunda mano, negro, modelo del 60. ¿Satisfecha?

—Si no te acuestas con Sapho cuando la veas, sí.

—¿Todavía celosa? —preguntó él con matiz irónico.

—¿A qué mentirte? ¡Sí!

—Olvídalo, pequeña. Soy sólo tuyo. Y sobre todo ten mucho

cuidado con Violento Benjamín. Es un fulano peligroso, no lo olvides en ningún momento.

—Descuida, Steve. Y tú cuídate también.

—Yes. Nos reuniremos esta noche en tu apartamento, ¿de acuerdo muñeca?

—Okay, ligón. Hasta pronto.

—¡Suerte!

Africa colgó y se mantuvo pensativa por espacio de varios minutos.

Y no quiso preguntarse cuál era exactamente el sentimiento que le inspiraba el pelirrojo por temor a descubrir la respuesta.

Hizo un esfuerzo para apartar a Steve de su mente y centrar su interés en el plan a seguir para entrar en contacto, de nuevo, porque ya había existido un primero, con Violento Benjamín.

No había que devanarse excesivamente los sesos.

* * *

El sentimiento común le aconsejó dejar el Ford lo más cerca posible de la entrada del local.

Si se veía obligada a salir por piernas necesitaba disponer del vehículo *ipso facto*.

Acababa de saltar a tierra cuando se llevó la primera sorpresa. Las luces que animaban el letrero del club chispeaban en aquel preciso instante sobre el individuo que, recién salido de LA LIBERTE se encaramaba en lo alto de una potente BMW dispuesto a ponerla en marcha.

¡Era Violento Benjamín!

Regresó, presurosa, al interior del Ford.

Pensando en que si al canalla le daba por correr iba a serle difícilísimo perseguirle no sólo por la cilindrada de aquella moto, sino por la facilidad con que semejante máquina podía escurrírsele entre el tráfico.

Pero tenía que intentarlo.

Salió tras la BMW.

Benjamín no debía tener prisa porque le fue relativamente fácil ir en pos de él, cruzar de oeste a este la parte baja de Manhattan y continuar a través del Brooklyn Bridge hasta Clark Street, donde Violento detuvo la moto frente a un edificio antiguo, de dos plantas, en el que seguramente tenía su vivienda.

Una duda asaltó a Africa: ¿y si no salía de nuevo?

Siempre estaba a tiempo de introducirse en la finca y averiguar

cuál era el apartamento del fulano. Primero, valía la pena esperar. Y acertó.

Porque quince minutos después Violento Benjamín volvió a la calle.

Africa se extrañó ante el hecho de que aquel golfo, más que posible distribuidor de droga y navajero, hubiese sustituido su impedimenta de Travolta por un traje oscuro, serio, de persona decente por decirlo de alguna manera, con camisa y corbata incluidas.

¿Dónde diablos iría aquel tipo... vestido de ser humano?

No hizo intento de cabalgar nuevamente sobre su moto pero sí miró de un extremo a otro de la calle...

Africa entendió que buscaba un taxi.

Así fue. Y así le siguió esta vez, hacia el interior del Brooklyn, hasta alcanzar las inmediaciones Long Island, bajando por la 58 St. para rodear el New Calvary Cemetery e introducirse por Maurice Avenue en el barrio de Maspeth, zona residencial o señorial del Brooklyn, finalizando el recorrido ante el número 1275 de la Grand Avenue, justo donde se ubicaba un distinguido night-club que llevaba por nombre...

METAMORFOSIS.

Africa Lange pegó un respingo.

¡METAMORFOSIS!

La cosa se ponía interesante.

Porque Steve McGraw, sin duda, debía encontrarse en el local.

Pero... ¿a qué iba Violento Benjamín?

Era cuestión de averiguarlo.

Estacionó el Ford en la zona de aparcamiento que se abría a pocos metros del local para volver sobre sus pasos y franquear la puerta de cristales que versallescamente le abrió un encopetado y entorchado portero.

—Buenas noches, señorita.

¡Vete a saber si serían buenas... o malas!

CAPITULO VI

Chapeau, sí, señor.

Muy logrado, que hubiese dicho uno de la calle.

Pero la gente que acudía allí, no era propiamente la llamada de la calle.

A un lugar distinguido y refinado era obvio que debía acudir lo mejorcito de la sociedad neoyorquina.

Porque aunque a algunos les pudiera parecer imposible, Nueva York, también tenía sociedad... e incluso distinguida.

Los teóricos del *savoir faire* y del *fair play*.

Esa sociedad a la que recientemente un autor alemán —Karl von Vereiter— había tachado, tildado y calificado de: limitada, ignorante, conservadora, tradicionalista, cavernaria, primitiva, cegata y obtusa.

Que no esperase, desde luego, el Pulitzer.

Aunque Karl von Vereiter, que se había explayado duramente, olvidaba un pequeño y elemental detalle: precursora y mantenedora del vicio a gran escala, controladora y dominante del imperio del hampa.

Debía saberlo pero a lo mejor no había querido llegar a tanto.

Pero estamos divagando. A lo que íbamos...

Chapeau para METAMORFOSIS, desde luego.

Dejando a un lado la condición moral y las vinculaciones con el mundo del crimen de la aristocracia que en el lugar se daba cita, había que reconocer el exquisito acierto de quienes habían concebido aquel rincón de solaz y divertimento que se alzaba en el Brooklyn.

Era algo así como un puzzle heterogéneo de nighth-club, restaurante, sala de baile y pub.

Después de los cortinajes de adamascado terciopelo en rojo que daban acceso a la sala central, se encontraba un amplio bufete-bar en forma de media luna con mostrador acolchado. La penumbra seguía acompañando hasta el amplísimo semicírculo ocupado por veladores sobre cada uno de los cuales lucía un hermoso candelabro labrado.

A la izquierda de aquel semicírculo y separado de éste por una especie de originales bambalinas compuestas por tiras multicolores en espiral de seda, otra semicircunferencia ocupada por divanes corridos, butaquitas, sofás bajos, y canapés, que correspondían a lo que podía llamarse el pub, donde hacía un aparte la juventud que no comulgaba con veladores y candelabros. Juventud distinguida y aristocrática también, por supuesto.

Frente al pub se encontraba una ancha pista de baile sumida en una tenue oscuridad que a intermitencias taladraban como espectaculares y fugaces barrenos luminosos unos conos truncados que, en teoría, surgían cual hirientes chispazos de las paredes contiguas.

Al fondo y paralelo a la pista por su izquierda se abrían dos estrechos pasillos. Uno, disimulado con unas cortinas violáceas sobre la guía de las cuales se leía el clásico letrerito: PRIVATE. El otro, protegido por una puerta beige al estilo persiana, estaba abierto al público con unos indicadores que conducían a los lavabos y las cabinas de teléfonos.

A todos les resultaba familiar aquello excepto al caballero alto de cabello blanco y cuidada barba también nívea que, enfundado en su severo traje de etiqueta y sosteniendo una copa en la diestra, recorría con fingida expresión de indiferencia pero en verdad con ojos ávidos y escrutadores, todos los rincones del lugar.

Hasta que pausadamente fue retrocediendo en busca del bufete.

Pero distraída su atención en el estudio somero pero intenso de los rostros que asomaban por encima de los veladores, enfrascados en sus distintas y seguramente superficiales conversaciones... distraída su atención, decíamos, tropezó con la mujer.

Los ojos grises y penetrantes del hombre se clavaron con permeable intensidad en la figura femenina.

¡Chapeau, chapeau y mucho más chapeau!

Como aquella, ya no quedaban. Seguro.

—Disculpe mi torpeza, mademoiselle —dijo, con una parisina inclinación. Y agregó—: Sería usted capaz de perdonarme si le ofreciera una copa.

Ella, también le escrutó con interés.

—Me están esperando, *m'sieu*. Pero dispongo de unos minutos para atender su galante invitación... y perdonarle.

—¿En el bufete... o la señorita prefiere sentarse?

—Prefiero la barra.

Volvió a inclinarse con suavidad al tiempo que extendía la diestra hacia delante.

—Usted primero, mademoiselle.

Ya estaban en la barra.

—¿Francés? —inquinó la mujer.

La respuesta se hizo esperar porque de nuevo la estaba estudiando con admirativa fijeza. Había mucho que admirar en aquella mujer, sí.

Era alta, casi como él, y muy esbelta. Armoniosa la figura de

suave trazado curvilíneo que contribuía a resaltar el vestido corto de terciopelo negro sobre falda drapeada en crepé del mismo color. Zapatos negros también de alto y agudo tacón complementaban la indumentaria. Sus facciones desbordaban las fronteras de la corrección para adentrarse en el ámbito de lo perfecto tanto por la exquisitez de su nacarado óvalo como por la luminosidad de sus enormes pupilas azules, o la recta brevedad de su nariz que prolongaba unos labios en arco ligeramente sensuales y muy rojos.

Quizá la única nota disonante de su elegancia radicaba en que su áureo cabello estaba peinado en única y larga cola al estilo indio que llegaba hasta el final de la espalda. Estaba clara también la agresividad, delicada no obstante, de sus pechos firmes y altivos que ahuecaban de cierta consideración el terciopelo que los aprisionaba.

Ella, le dejó, sin inmutarse. Sin insistir ni forzar la respuesta a su convencional pregunta.

Hasta que él dijo:

—Mi padre lo era. Se esforzó en que aprendiese las delicadezas de la cuna de María Antonieta y las filosofías de Jean Jacobo Rousseau...

Le interrumpió la mujer en voz muy queda, añadiendo:

—Y te enseñó también a fugarte de las penitenciarias, ¿no?

—Ya no soy el que era, Sapho. Me has reconocido antes de lo que esperaba.

—Desde que has entrado en el local, querido.

—La próxima vez procuraré superarme.

—¿Qué tomarán los señores? —inquirió el camarero.

—Yo otro combinado, ¿usted, mademoiselle?

—Un Ancestor.

—Siempre tan exquisita —susurró el de los cabellos blancos y pausados ademanes.

—La caracterización es perfecta, Steve —dijo Sapho como si quisiera halagarle—, Pero a mí no me confundirías ni vestido de Lawrence de Arabia. He leído los periódicos de hoy. Ahora empieza la parte peligrosa del juego, ¿no?

Asintió McGraw con la cabeza.

—Sí. ¿Qué pasa con tu amigo Sandrino?

—Es un auténtico cerdo que está firmemente conectado con la Organización. Pero... —miró disimulada y nerviosamente de un lado para otro y anunció—: No podemos hablar aquí, Steve.

—Entiendo. ¿Dónde vives?

—729 de West Shore, en Staten Island. Frente al Latourette Park. Sé prudente, Steve, porque es muy posible que Sandrino me

acompañe a casa... y se quede un rato.

—Por lo que veo te lo pasas bien, ¿verdad?

Chispearon furiosos los azules ojazos de la hermosa hembra.

—Llevo muchos meses asumiendo el papel más incómodo y desagradable de la representación, ¿no has pensado en ello? Odio a todos los hombres con los que tengo que ser amable para que tu misión, TU MISIÓN, se salde con éxito... ¡y encima me vienes con eso! Odio cualquier *cosa* que lleve pantalones, Steve... ¡incluido tú!

—Me halagas, Sapho, me halagas.

El camarero depositó las bebidas, sobre el mostrador, frente a ellos.

—Servidor, señores.

Bebieron a pequeños sorbos.

—Son gente muy peligrosa —matizó la mujer—. Extrema las precauciones porque no se detienen ante nada. Para ellos, matar es más sencillo que tomarse un whisky. Todo aquello que suponen un peligro, por ínfimo que sea, lo eliminan. Son mucho peores que los de Chicago, Steve.

—Hay un tipo alto, con pinta de chulo metido dentro de un smoking, que no deja de mirarte, Sapho. Lleva escrito en su cara de puerco italiano que se llama Sandrino Calabria.

Sapho Blair miró de reojo.

—Es él, sí. Tengo que irme.

—El tropezón es válido como excusa. Luego te he invitado...

—Sé lo que tengo que hacer y decir. Nos veremos en mi apartamento. Pero te repito que mucho ojo.

—Tengo dos. Bastarán, ¿no?

—¡Siempre tan gracioso! A ver si te sigues guaseando cuando te echen un puñado de tierra y te adornen con crisantemos y siemprevas.

—Tienes una poesía de la vida que estimula y reconforta, pequeña.

Apenas sí oyó las últimas palabras de Steve porque ya se alejaba hacia el lugar en que seguía, erguido, el hombre del smoking.

McGraw se recreó en el ondular de las caderas de Sapho.

Alzó su copa unos milímetros en simbólico brindis.

—*Cherchez la femme*. —musitó, con tenue sonrisa.

Centrando su atención en los músicos que componían la orquestina situada en lo alto de un circular tablado, al fondo, siguiendo la línea del bufete, los cuales comenzaban su intervención en aquel preciso instante interpretando una pieza que en su día popularizase «La Voz»: Frank Sinatra.

Extraños en la noche.

Lo vio perderse al otro lado de las cortinas moradas que lucían en lo alto el anuncio: PRIVATE.

¿Era prudente seguir tras él?

Unos segundos de duda.

En el transcurso de los cuales una mano golpeó suavemente sobre su hombro.

—La señorita ha venido sola... —le susurró junto al oído una voz tenue y pausada—, ¿o siguiendo quizá a Violento Benjamín?

Se revolvió, al instante, como si hubiera recibido la mordedura de un venenoso alacrán.

El hombre impecable del terno de etiqueta negro, lazo al cuello del mismo color y blanca barba y cabellera, sonreía con amplitud. Africa Lange desorbitó sus grandes y meridionales pupilas.

—¡Oh... no! —se llevó los dedos de la diestra sobre la boca—. ¿Eres... eres tú, Steve?

—¿Tú qué crees?

—De ti —sonrió ahora abiertamente—. ¡Cualquier cosa! ¿Sabes que estás muy guapo y muy elegante?

—Te doy mi palabra de que no tengo la culpa de eso. Y ahora...

—hizo un gesto significativo apartándola hacia uno de los rincones que permanecían más en la oscuridad—, basta de divagaciones absurdas. Tenemos que movernos y con rapidez.

Pero Africa parecía mucho más preocupada por otra cosa puesto que preguntó:

—¿Has visto a Sapho?

—¡Eso no importa ahora! —masculló evidentemente molesto. Para añadir, dominándose—: Vamos a por Benjamín. Sé que no podrá decir cosa de gran importancia por la sencilla razón de que no las sabe, pero sí aclararemos algunos puntos.

—¡Pero...! —Africa estaba confusa—. ¿Cómo y dónde piensas interrogarle?

—Aquí.

—¿Te has vuelto loco?

—Estoy loco desde que nací. Llevo más de una hora metido en este estercolero de la flor y nata y me conozco ya todos los rincones, nena. ¿Ves el pasillo que señala teléfono y WC? —asintió ella y Steve prosiguió—: Hay tres cabinas, los lavabos, y al final, dos habitaciones donde las mujeres de la limpieza guardan sus enseres. Utilizaré uno de esos cuartos.

—¿Cómo te las arreglarás para llevar a Benjamín hasta allí?

—Es misión tuya —no le dio tiempo a seguir sorprendiéndose—. En cuanto Violento vuelva a la sala... imagino que debe estar

reunido con sus compinches, recibiendo las últimas instrucciones de Calabria, sales a la calle y telefoneas al METAMORFOSIS pidiendo hablar con Benjamín; entonces, como la llamada la atienden en el mostrador, a través del servicio de megafonía le indicaran que se dirija a la cabina, donde le esperaré yo. ¿Entendido? Tú regresas al punto, te vas al pasillo y vigilas para avisarme si alguien aparece por los alrededores.

—No lo veo muy claro, pero...

—Pero a lo mejor dentro de unos minutos averiguas quien asesinó a la hija del senador Burnett, el por qué... y ya puedes pasarle la minuta a tu cliente. ¡Eh... —exclamó—, mira, ahí viene Benjamín!

Sin decir palabra, Africa Lange tomó rápidamente el camino de la calle.

Instantes después, por los altavoces estratégicamente distribuidos por la sala, alguien anunció:

—Llaman al señor Benjamín por teléfono, señor Benjamín, al teléfono. Sírvese acudir al pasillo de cabinas, señor Benjamín...

Y fue, sí, con una pincelada de extrañeza reflejada en su rostro de canalla.

—¡Hola, Violento!

—¿Quién es ust...?

El puño derecho del de la barba blanca se incrustó con demoledora brutalidad en la boca del estómago de Benjamín.

Salió catapultado hacia atrás porque al boquear le cazaron con un gancho de zurda que no hubiese mejorado el Cassius Clay —hoy Muhammed Alí— de los mejores tiempos.

Despatarrado en tierra, Violento ofrecía una imagen de impotencia extraña en un tipo cruel acostumbrado a golpear, violar y matar.

Quiso incorporarse con enorme y evidente dificultad.

El punterazo que su antagonista le propinó en mitad del pecho produjo un chasquido estremecedor. Benjamín soltó una bocanada de sangre.

Africa, que acababa de aparecer, no pudo evitar un escalofrío.

Steve McGraw era implacable y hasta puede que cruel, sí. ¿Pero qué eran los tipos como aquel al que estaba golpeando? Un descuido, una pausa, el menor sentimiento de piedad frente a ellos y la muerte estaba segura.

No había otro camino.

Lo arrastró hacia la última puerta del pasillo, que previamente había abierto, y entraron. Lo alzó del suelo aplastándolo contra la pared. Con la zurda extrajo una navaja cuya hoja hizo brillar, acariciando con la aguda punta la garganta del asesino.

—Quien a navaja mata... —musitó con helado acento.

La sangre se le atragantó en el gaznate.

—¿De quién recibes las órdenes? ¿Cuántos sois los que os paseáis los sábados con el cuchillo a punto de matar por Nueva York? ¿Qué cargo ocupa Sandrino Calabria en la Organización? Quiero respuestas, ¡al segundo!, porque te estás jugando el pellejo, ¡Violento de mierda! —le sacudió contra la pared—. ¡Respuestas he dicho!

Empezaron a brotar de sus labios, incoherentes y torpes, mezcladas con una baba rojiza.

—Mohamed Buarfa Chaid... es... es nuestro jefe. Ninuzzo Alfieri, Sádico Cosenza... Jennifer Wild, Bobby Trenan... y otros que... no recuerdo como se llaman...

—Los navajeros, ¿no? —movió la cabeza, como un pelele de trapo, afirmativamente—. Estuvisteis el sábado en la Terminal, en el apartamento de la hija del senador, en la funeraria de Belusi... ¡responde, cerdo!

—¡Sí, sí, sí! Fui... ¡fuimos nosotros! Aparte... aparte la...

—¿La apartaste tú de aquellos a los que pinchaste, cabrito de mierda? ¿La apartaste? ¡Contesta!

Silencio y rodillazo al vientre.

—¡¡NOOOO!!

—¿Sandrino Calabria?

—Le da las órdenes del trab... de lo que hay que hacer a Buarfa Chaid. A él le entregamos el dinero que recaudamos de los... —se le hacía un nudo de dolor y sangre en la garganta—... vendedores callejeros, de las mujeres que hacen la carrera, de los... de los impuestos de protección...

—¿A quién se lo da Calabria?

—¡Eso no lo sé! ¡Lo... lo juro, LO JURO MIL VECES!

—Te voy a creer, Violento asqueroso, navajero repugnante... pero como hayas mentido, te rebanaré el gaznate aunque estés en una celda de castigo en el talego: ¿me has entendido, hijo de hiena?

Cabezazo tras cabezazo.

Acto seguido lo amordazó, dejándolo acurrucado en un rincón del habitáculo. Salió, cerrando la puerta.

Africa se vino hacia él.

—Te has pasado, Steve.

—¡Vaya! ¿Eres tú ahora la moralizadora? ¿Quién supones que es ese puerco? ¿Ignoras a cuántos desgraciados ha metido la hoja de su navaja en la tripa, el pecho, la garganta o los ojos?

—Sí, sí, sé que tienes razón. Pero...

—¡No hay pero que valga, puñeta! Avisa a la policía y diles donde pueden encontrar a Violento Benjamín.

—Telefonaré a... —se mordió el labio inferior, tratando de recordar un nombre, hasta exclamar—. ¡Brooke Bannion! Capitán Bannion de la Metropolitan Police. Creo que es él quien lleva este asunto de «Fiebre de navajas en sábado».

—Luego nos sentaremos en una mesa a comer algo y a esperar que lleguen los honorables polis, Después, tú, a casa.

—¿Dictadura a estas horas?

—Lógica y sentido común. Yo, todavía tengo que hacer...

—¿Qué le tienes que *hacer* a Sapho, Steve?

—¿No te parece que ya está bien de ese color, Africa?

Inclinó su cabecita de mujer enamorada.

—Perdona...

—Anda, ve a telefonar a ese tal Bannion. Lo harás feliz, supongo. Poco tardó en llegar la policía y se armó el consiguiente revuelo.

—Siempre tan discretos —comentó Steve en voz baja.

Africa, que estaba terminando uno de los platos combinados especialidad del lugar, añadió:

—Se distinguen por saber pasar desapercibidos, desde luego.

—Han venido la tira para buscar un solo hombre. ¡De pena!

Lo sorprendente fue que a Violento Benjamín lo sacaron del cuarto donde le dejara Steve... *cosido a navajazos*.

Eso comentó un agente uniformado que estaba cerca del velador que ocupaban Africa y McGraw. Preguntó ella, boquiabierta:

—¿Quién ha podido ser, Steve?

—No lo entiendo... —hizo un gesto extraño, misteriosos diríase, musitando—, o quizá sí.

A la distinguida y selecta clientela le habían amargado la noche.

Porque el irascible Brooke Bannion se empeñó en que sus hombres tomasen nota del nombre y domicilio de cuantos se encontraban allí.

—Antes de que me toque a mí, tengo que volatilizarme. Nos veremos en tu apartamento, pequeña.

—¿A qué hora vendrás, Steve?

—Lo ignoro. Pero ten fe en mí.

CAPITULO VIII

El fabuloso Oldsmobile-80 color crema se detuvo con suavidad frente al 729 del West Shore.

Una mujer, tan fabulosa como el vehículo, descendió.

—Hasta mañana, Sandrino.

El, sacó la cabeza por la ventanilla, preguntando con extrañeza!

—¿No me das un beso?

Se inclinó para rozar, más que besar, sus labios con los del hombre.

—Vendré a buscarte al mediodía, muñeca. Comeremos juntos, ¿no?

—Como quieras.

Y dando media vuelta se dirigió hacia el amplio portal para franquearlo tras hacer girar el llavín en la cerradura.

El vestíbulo se encontraba en semioscuridad porque la luz piloto, roja, apenas si conseguía convertir las tinieblas en penumbra. Pero ella conocía bien el camino y anduvo hacia el elevador sin necesidad de emplear el alumbrado de emergencia.

Había adelantado una mano para abrir la puerta del ascensor cuando unos brazos rodearon fuertemente su cintura.

Se revolvió con la boca entreabierta... y otra boca se la cerró con agradable pero autoritario impacto.

Sapho Blair, vencida al instante la inicial sorpresa, el susto mejor diríamos, se abandonó plácidamente a su *suerte*. Su lengua, ávidamente, caracoleó en el paladar del hombre atornillando la de él, buscando confundir ambas salivas, exprimiendo aquel zumo dulce que comenzaba a enajenarla.

Si los dioses y las diosas, en el Olimpo, se besaban... tenían mucho que aprender todavía.

Ella fue entregándose segundo a segundo, incrustando su cuerpo en el del hombre, contagiándole el fuego ardiente de su naturaleza, estremeciéndose, sensibilizando al máximo el roce de sus prominencias contra el tórax masculino.

—Me he fugado de la cárcel para poder tenerte así, Sapho.

—¡Tonto... eres un tonto fabuloso! —jadeó la fémina.

—Tienes la carne de fuego, preciosa. Una carne que me vuelve loco...

Las manos de Steve McGraw recorrían con suavidad y pasión los relieves de Sapho, aprisionando con deleitante experiencia las cálidas turgencias de la hembra.

Ella, se venía abajo por momentos. Aún así, rogó:

—Aquí... no, Steve. Arriba... Tengo tantos deseos como tú. ¡Te he necesitado tanto!

Se metieron en el ascensor. Y aquel rectángulo ascendió más despacio que nunca porque las puertas se entreabrieron en más de una ocasión antes de que llegase a su destino.

—No me has sido demasiado fiel, ¿verdad?

—Te he dicho antes que me habías asignado el papel más incómodo en busca de *tu éxito*. Llegar hasta Sandrino y ganarme su confianza... *ha tenido su precio*. ¿Acaso ignorabas que era así?

—No, claro. Pero en el fondo...

—Sientes herida tu dignidad masculina. Pero esa herida cicatriza al instante, ¿no Steve? Se trata sólo del instinto de posesión, del querer ser el único. Soy una mujer a quien se desea, a la que se obtiene, con la que se goza pero a la que no se ama. Ya hace mucho tiempo que acepté la idea.

—Es un criterio muy personal, Sapho.

—Y no por eso menos cierto, Steve. ¿Estarías dispuesto a casarte conmigo?

McGraw no esperaba aquello. Nunca hubiese esperado semejante interrogación en labios de Sapho Blair.

Se suponía que una mujer de mundo no debía hacer aquella clase de preguntas.

A lo peor Steve había dado por bueno que las mujeres de mundo no tenían sentimientos... que no eran capaces de amar, que no se les ocurría pensar jamás en decir sí quiero en presencia de un juez o sacerdote.

Era un problema descubrir que sí eran capaces de pensar en todas aquellas... ¿tonterías?

El denso y oscuro silencio que reinaba en el pasillo se trasladó a la garganta del muchacho.

¿Qué podía responder?

Sapho, que buscaba en su bolso la llave del apartamento, ladeó la cabeza hacia McGraw ofreciéndole una luminosa y resignada sonrisa.

—No me hagas caso, Steve. Debe ser el whisky. Cuando el alcohol salpica el cerebro la de bobadas que se le ocurren a una. ¿Matrimonio? ¡Menuda horterada!, ¿verdad?

Muy llano y sencillo tal como lo decía, sí. Pero al otro no podía escapársele el entorno casi filosófico, la real moraleja, tan real como frustrada y admitida, que había en las palabras de la hermosa mujer.

Abrió la puerta encendiendo la luz del recibidor.

—Estás en...

La mano derecha de Steve se aplastó contra los labios de Sapho impidiéndole continuar.

Desorbitó los ojos con manifiesta extrañeza; como preguntándole:

¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

McGraw entendió perfectamente el mudo —mudo por forzado— interrogante contestándole con la cabeza que no... que no estaba loco. Y acercando sus labios al oído de Sapho, susurró en tono apenas audible:

—¿No se te ha ocurrido pensar que pueden haber instalado captadores de sonido en tu apartamento?

Siguió abriendo los ojos. Y preguntando en silencio: ¿Por qué?

Con la diestra extendida y la palma de la mano alzada, Steve le recomendó calma.

Musitando de nuevo junto a su orejita:

—Voy a comprobarlo. Extremar las precauciones ayuda a seguir viviendo, ¿sabes? Tu misma me lo has dicho en el METAMORFOSIS, ¿recuerdas? —y repitió las palabras que ella había pronunciado en el night-club—: «Son gente muy peligrosa. Extrema las precauciones porque no se detienen ante nada. Para ellos, matar es más sencillo que tomarse un whisky...» Comprendes ahora, ¿verdad?

Se encogió de hombros. Era un sí, pero no.

Caminaron hasta el living.

Steve McGraw, que ya se había despojado de su caracterización, extrajo del bolsillo interior de la cazadora de pana un extraño instrumento metálico, plano, rectangular, que recordaba un contador geiger en miniatura. La tapa superior era de cristal y permitía ver dos extraños relojes. Se trataba en realidad de un captador ultrasónico de vibraciones acompañado de una brújula direccional de orientación magnética.

Esta última, activada por las vibraciones intermitentes del captador, orientó a Steve hacia la guía de los cortinajes que cubrían el amplio ventanal que daba a la calle.

Poco le costó encontrar el micro-receptor allí instalado.

Con el índice lo mostró a Sapho quién, ahora, si que estaba de veras sorprendida.

Una vez recorrido todo el apartamento encontró dos más: un segundo en el dormitorio y el tercero en la cocina- comedor.

Se limitó a desactivarlos o interrumpirlos momentáneamente, porque inutilizarlos hubiese sido un grave error... especialmente para la integridad de la muchacha.

—Ya puedes hablar, si es que la extrañeza te deja.

—¡Ni soñarlo! —exclamó—. Llevo cerca de tres meses viviendo aquí y no me había pasado por la imaginación que...

—¡Sapho, Sapho querida! ¿Cómo puedes ser tan confiada e ingenua? Me dices que son gente peligrosa, que asesinan a las primeras de cambio, que eliminan todo aquello que se les antoja

un peligro y estás convencida sin embargo de que tú has llegado hasta ellos sin inspirarles la menor desconfianza, que te han aceptado como el maná caído del cielo porque eres una mujer y porque... —se detuvo a tiempo de no pronunciar una grave y ofensiva inconveniencia.

Que ella, no por grave y ofensiva, dejó de silenciar. Y lo hizo con entereza, sin falso pudor, sin amargura tan siquiera.

—Porque me meto en la cama con Sandrino cuando él me lo pide, ¿ibas a decir eso, Steve?

—Te sientes ofendida sin que nadie te ofenda y te defiendes tratando de herirme... ¿es eso lo que tu quieres decirme, Sapho? No es eso, pequeña. De acuerdo en que tu trabajo es desagradable, tanto como importante... pero no es justo que me culpes a mí, Sapho. Yo no te saqué de un convento de monjas, ¿recuerdas? Nos gustamos, nos hicimos confidencias y aceptaste trabajar conmigo. Sabías los riesgos, ¿no? Más o menos los mismos que habías venido corriendo hasta entonces.

Sapho Blair inclinó la cabeza.

—Cierto, Steve. Perdona. No existe justificación para mis lamentos. Sólo que... ¡sólo que no entraba en mis proyectos enamorarme de ti!

Steve fue hasta ella para encerrarla entre sus brazos. Primero la besó casi con violencia que es como se empiezan ciertas cosas... Sapho, porque el amor es así y porque las mujeres enamoradas pierden el control con facilidad, se derrumbó con aquel primer beso entregándose con desesperación, intentando otra vez meterse dentro de Steve... El pelirrojo más que derrumbarse perdió las cartas de navegar, puede que por aquello de que la carne es muy débil, empecinándose con lúbrico nerviosismo en liberar a Sapho de aquel elegante modelito de terciopelo con falda drapeada en crepé negro.

Tan cierto como la vida misma que en estos instantes el hombre, admirador en principio de la elegancia y el buen gusto de la mujer, desprecia la moda y manda la alta costura a hacer puñetas con un desprecio y desconsideración olímpicos.

Steve, obvio, no era una excepción.

¿Qué podía importarle a él, ahora, que un afamado modisto de París se hubiese devanado los sesos para diseñar aquel costoso modelito?

La única referencia sobre París que podía resultarle válida, ahora, era aquella de los niños... Algo así le daba vueltas por la cabeza cuando se fue sobre la alfombra del living, roja alfombra de peluche, entre la cual y su cuerpo estaba el de Sapho.

Sin modelito de terciopelo.

Inmenso en la vorágine del deseo aún se atrevió a pensar que lamentaba haber desactivado los micros. Le habría causado un enorme placer que Sandrino Calabria pudiera escuchar los suspiros y jadeos de la hembra.

¡A la mierda la Mafia socializada, la Organización, los navajeros, la policía...!

—Steve, Steve... ¡cuánto tiempo deseando este momento!

—¿Eres feliz, pequeña?

—La más feliz del mundo... ¡sigue, sigue!

Renunció a hacerle otra pregunta por aquello de que las comparaciones son odiosas.

¡Vanidad masculina!

CAPITULO IX

—Sandrino Calabria no es un hombre importante dentro de la Organización, pero sí muy válido. Lo aprovechan, ésa es la simple realidad. Pasaría por todo en tal de estar donde está. Ser mafioso ha sido la máxima aspiración en su vida. Como el que sueña con ser médico o ingeniero.

—En otras palabras, un mero peón, ¿no?

—Con mando en plaza, Steve. Es el punto tangencial entre los cerebros y la gente de acción. Controla a los pistoleros...

—Navajeros mejor.

—Es una variedad en la delincuencia impuesta por la actualidad del momento. El mundo del crimen también es susceptible de modas. La navaja ha impuesto una nueva era e incluso una sicosis de terror. La gente parece temer más al acero que al plomo. Sandrino ha reunido una pléyade de navajeros que siembran el pánico por la ciudad. Ellos se encargan de las recaudaciones y de *convencer* a los reacios. Controlan a los vendedores, prostitutas, etc. Sandrino, que es el presidente del consejo de administración de la PUB TOUR'S se codea con la llamémosla aristocracia. El personalmente se encarga de suministrar heroína a los que van por la vida de intachables y dignos. En algún lugar del METAMORFOSIS hay un depósito donde se almacena la *mercancía* que llega de Sicilia.

—¿Qué sucede con el dinero de las recaudaciones? ¿A quién lo hace llegar Calabria?

Sapho mantuvo unos segundos de silencio. Como de duda.

—No podría asegurarlo... pero hay dos nombres que están por encima de él: Stephen Marwin, al que he visto en dos ocasiones por METAMORFOSIS y al que Sandrino recibe con el mayor respeto y los mejores honores; creo que es el Secretario general del Sindicato de Transportes. Ese sí que es uno de los jefes activos de la Organización. Existe otro al que tan sólo he oído nombrar: Calogero Vitale. Deduzco que Marwin y Vitale son quienes manejan el cotarro y a los que Sandrino rinde cuentas tanto económicas como de todo tipo. Sin embargo...

Se detuvo.

—¿Qué sucede, Sapho? —la instó Steve, expectante e interesado.

La hermosa mujer ladeó la cabeza con gesto confuso.

—Verás... puede tratarse de una falsa composición de lugar por mi parte. Es una frase que me baila por el pensamiento desde que la escuché...

—¿Qué frase? ¿Cuándo la oíste?

—Hace pocos días Stephen Marwin estuvo en METAMORFOSIS. Era la segunda vez que yo lo veía allí. Estaba nervioso y molesto. Hasta preocupado. Tanto, que pareció olvidarse de mi presencia y le dijo a Sandrino, más o menos lo siguiente: «Os estáis pasando, Calabria. Demasiada exhibición de navajas, ¿entiendes? Queremos hombres de acción y no maníacos que se recreen en el morboso placer del asesinato. Calogero está que arde porque don Andrea la ha llamado la atención muy duramente. Si tus navajeros siguen cometiendo excesos habrá una depuración... don Andrea ha amenazado con traer hombres de Palermo. ¿Comprendes lo que eso significa?» —Sapho hizo un alto fugaz para mirar a Steve, añadiendo—: Entonces se dio cuenta de que yo estaba en el despacho y me invitó correctamente a dejarles solos.

McGraw, fruncido el ceño, entre sorprendido y un tanto desconcertado, musitó repetidamente:

—Don Andrea... don Andrea... don Andrea... ¡el viejo estilo! Hay un jefe supremo en la Organización. Y me da en las narices que ni Marwin ni Calogero Vitale conocen su verdadera identidad. Lo temía, sí.

—¿Qué piensas hacer, Steve? Lo tienes todo en contra. Eres un convicto fugado de presidio con la policía tras de ti lo que no te deja demasiada libertad de movimientos. Te has cargado a uno de los navajeros...

—No he sido yo, pequeña. Lo dejé maltrecho pero vivo.

—¿Entonces?

—La Organización ha querido impedir que hablara con la policía. Violento Benjamín ha muerto a manos de sus compinches. La incógnita radica en cómo han sabido que estaba en el cuarto de los trastos de limpieza. Una incógnita que me preocupa despejar... ¿Qué pienso hacer preguntabas? Acabar con los actores de «Fiebre de navajas en sábado» y trabajar a Calabria con el tercer o veintiún grado hasta que me diga todo lo que sabe. Tengo un nuevo reto ante mí: llegar hasta don Andrea. Pero primero Sandrino Calabria.

Y dijo una voz, de súbito:

—Pues le voy a ahorrar molestias, amigo. Aquí tiene a Sandrino Calabria. ¿No ha dicho que soy el primero? ¡Ah...! ¿Le importaría demostrarme cuál es el veintiún grado? Ardo en deseos de saberlo... para poder aplicarlo algún día.

Sí, estaba allí, en la entrada del living.

Sandrino Calabria.

Erguido. Desafiante. Burlón. Sonriente.

Estaba allí, sí.

CAPITULO X

Pero acompañado, claro.
Por los virtuosos del acero.
Los Travoltas.

Acompañado de aquellos maníacos que se recreaban en el morboso placer del asesinato, según le dijera Stephen Marwin al propio Calabria.

Los Mohamed Buarfa Chaid, Ninuzzo Alfieri, Sádico Cosenza, Bobby Trenan... con la intervención especial de Jennifer Wild. Los que Violento Benjamín le había enumerado a Steve.

Allí estaban, sí.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Sandrino con acento cáustico, sintiéndose dominador de la situación—, ¡Quién me lo hubiera dicho! Mi fiel Sapho... —miraba a la hembra con cruel desprecio recorriendo su deseable figura, ahora sólo cubierta por una breve braguita ya que el entorno amoroso que había precedido a la actual escena lo requería. Añadió—: ¡Zorra! ¿Así que era ese tipo, eh? Lo traicionaste en Chicago y ahora te acuestas con él. La policía me lo agradecerá dentro de poco, ¿no crees, McGraw?

—Lo mismo que tu agradecerías que te dijeren quien era tu padre, Calabria. Porque tu madre debía tener dudas al respecto, ¿no?

—Déjemelo trabajar, jefe —habló Cosenza—. En pocos minutos se lo pongo suave como un guante... Luego se lo entrega a la policía si quiere.

—Mejor me lo aguantan éstos, Sandrino —terció la pérfida Jennifer—, y yo le hago unas caricias en cierta parte de su cuerpo que no olvidará mientras viva. Sabes que lo *hago* bien.

—Y la tía, jefe, merece algo ejemplar, ¿no cree? —intervino Buarfa Chaid. Razonando—: Lo ha traicionado con ese cornudo...

—Aquí, queridos —le cortó Steve, muy sereno, irónico, con preconcebida burla que pretendía alterar el decorado y los nervios de aquellos canallas—, el único cornudo es Sandrino Calabria. Lo van a nominar para el osear del macho cabrío.

Calabria le lanzó un escupitajo al rostro per McGraw lo eludió con un rápido giro de cabeza.

—Te vas a arrepentir de haber nacido. Pero antes me dirás para quien trabajas. ¡Podéis empezar!

—¿Y la chica, jefe? —insistió Mohamed Buarfa.

—¿Quieres...?

—Quiero...

—Cuando acabéis con él. Primero ha de hablar.

Salieron a relucir las navajas.

Buarfa Chaid, Sádico Cosenza y Trenan se fueron hacia Steve. El pelirrojo, de improviso, pegó un brinco. Sacudió los brazos de manera extraña. Para que por dentro de las mangas se deslizaran los revólveres que para aquellos casos llevaba ocultos y sujetos con un original mecanismo que se descomponía con aquella simple y extraña sacudida.

—¡Al suelo Sapho! —gritó.

Y la pareja de 38 ya vomitaba plomo.

Los había movido en abanico al tiempo que efectuaba los disparos.

Mientras él saltaba a la izquierda, protegiéndose tras una butaca, sin dejar de darle a los gatillos.

Mohamed Buarfa Chaid con expresión estúpida recibió la muerte boquiabierto. Salió despedido hacia atrás tropezando con Sádico Cosenza que tenía el pecho ensangrentado y varios proyectiles en los pulmones. Bobby Trenan fue el único que lanzó la navaja pero sin apenas fuerza porque dos impactos habían hecho blanco en su abdomen y se encogió al recibirlos.

Pero Steve McGraw no era un superhombre. Mucho menos omnipresente y omnividente... tan siquiera omnipotente.

Y en su veloz y desesperada acción que al tiempo le había tenido muy preocupado de los posibles movimientos de Sandrino Calabria, quedó a merced, por entero, de Jennifer Wild.

La navajera se había ido a la derecha y echado mano de la automática que llevaba entre camisa y vaqueros.

Una negra y enorme Parabellum cuyo cañón tenía a menos de dos metros la cabeza del pelirrojo.

—¡Te la voy hacer astillas, marica de mierda!

Pero fue su cabeza, la de Jennifer, la que voló por el aire hecha pedazos, salpicando por doquier con su masa gris —era un decir —, sangre y trocitos de hueso.

Se desplomó al instante sin haber tenido opción a oprimir el gatillo.

—¡Es la segunda vez que te salvo la piel, traidor! —gritó una voz muy familiar para Steve—, ¿Qué hace ésa en bragas? ¿Habéis estado leyendo los evangelios?

—¿Aún tienes ánimos de reparar en esas insignificancias, Africa? ¡Sé bienvenida!

—Calabria y compañía... —compañía era Ninuzzo Alfieri que no había podido participar en el fregado—. Calabria y compañía... —repitió Africa Lange—, desde aquí detrás domino perfectamente la situación. Un movimiento y habrá más fiambres en el apartamento de la señorita Sapho. ¡Ah!, puede levantarse del suelo... *señorita*. Y vestirse... *señorita*. Si le parece bien...

señorita.

Había entrado en plan de campeona. Con brío y mordacidad. Pero más oportuna que el maná que en su día recibieron los que buscaban la tierra prometida.

Sapho Blair corrió al dormitorio.

Sandrino y Ninuzzo Alfieri, inmóviles como estacas, no salían de su asombro. ¡Cómo había cambiado la situación en un par de minutos!

Buarfa Chaid, Cosenza, Bobby Trenan y Jennifer, habíanse largado al infierno casi sin enterarse.

—Pintan bastos, ¿eh, mafioso barato?

Para Sandrino, como si hubiesen pintado copas.

No iba. No tenía juego.

—Calabria, esto ha terminado —habló de nuevo Steve—. Tienes dos alternativas: colaborar y salir medianamente librado, o cerrarte en banda y recibir leña hasta que me duelan las manos. ¿Qué decides?

—Me espera la cárcel igualmente.

—Pero con atenuantes si hablas... además, no voy a contárselo al juez. Como comprenderás, yo también tengo algo pendiente con la ley. Pero quiero que me ilustres por aquello de que el saber no ocupa lugar. Espero tu respuesta.

—Tú ganas.

Sapho regresaba envuelta en una bata.

—Haceros amigas, muchachas, mientras atáis bien atadito a ese chico tan silencioso.

Se dedicaron a Ninuzzo Alfieri, empaquetándolo a conciencia, pero sin hacerse todo lo amigas que el pelirrojo les había recomendado.

—¿Quién es don Andrea, Sandrino?

—Ni idea.

El puñetazo en el estómago fue de los que hacen época.

Se contorsionó lo mismo que si fuera de trapo. Gimiendo:

—¡Te juro... te juro por Dios que lo ignoro!

—Nombrar a Dios es una blasfemia por tu parte, perro. Los tipos como tú no tienen Dios. ¿Quién es don Andrea?

—No...

Patada al pecho y Calabria retorciéndose sobre la alfombra, rodando por encima de los cuerpos sin vida de sus acólitos.

—¿Sigues sin saberlo, penco?

—Sólo... sólo se lo he oído nombrar a... Stephen... y a Calogero... ¡no sé...!

—Te empiezo a creer. Háblame, aunque sea a trompicones, de tus amigos Vitale y Marwin.

—Ellos... lo controlan... son los jefes de la Orga... —soltaba hilillos de sangre por la boca y la nariz y eso dificultaba su de por si torpe oratoria—, de la Organización en Nueva York.

—Y don Andrea, ¿qué? ¿Es el presidente de la Cruz Roja Internacional?

Calabria aspiró profundamente para reunir aire en los pulmones.

—El padrino... es el... padrino.

Steve lanzó una risotada.

—El Marlon Brando de la city, ¿no?

Un cabezazo de asentimiento.

—Manda... en todo.

—¿Lo conocen Calogero y Stephen?

—Creo que sólo Calogero Vitale. No... no estoy muy seguro de eso.

Steve McGraw, contemplando en silencio por Africa y Sapho, agarró a Calabria que seguía en tierra y lo puso en pie apretándolo contra la pared.

Y dijo, sin que nadie lo entendiera de momento:

—Mides unos centímetros más que yo... pero se puede arreglar.

Voy a... —miró a las mujeres, interrumpiéndose—, ¡Eh, pequeñas! Echádme una mano para empaquetarlo.

Fue atado y amordazado como Minuzzo Alfieri.

—¿Y ahora? —interrogó Sapho al pelirrojo—. ¿Me quedo a rezarles el rosario?

Era obvio que sentía su dignidad maltrecha.

—Es necesario que esto se quede así hasta que podamos avisar a la policía. Algo me ronda por la cabeza y no quiero que hayan fallos... no quiero que ocurra lo que con Violento. Te trasladarán a un hotel, Sapho.

—No —intervino Africa, acercándose a la otra con la mano tendida—. Se vendrá a mi apartamento —la miró comprensivamente, con afecto, y dijo—: Perdóname, Sapho. He sido una estúpida. Yo no hubiera sido capaz de hacer todo lo que tú has hecho y encima me he atrevido a juzgarte. ¿Puedes perdonarme?

—Y a mí... —sonrió el pelirrojo—, ¿me perdonaréis si lloro? Los melodramas me anegan en lágrimas. Debe ser cosa de la adrenalina.

Africa Lange se encaró con él en actitud belicosa. Le miró de pies a cabeza con acre censura en sus ojazos meridionales. Dijo:

—Debe ser cuestión de la falta de sentimientos, de la falta de respeto a ti mismo, del egoísmo que te envuelve y de tu nula humanidad. Debe ser por todo eso, Steve McGraw.

—Gracias por tu ofrecimiento, pero iré a un hotel —dijo Sapho.

Preguntando—: ¿Hace mucho que trabajas con Steve?

Negó con una sonrisa.

—Yo trabajo para mí misma y para mis clientes, Sapho. Soy detective privado. El... —miró al hombre, no sé lo que es ni para quien trabaja. Y creo que todo eso ha dejado ya de interesarme.

¿De veras que no quieres venirte a casa?

—No lo tomes como un desprecio, Africa. Necesito estar sola y pensar.

—Te entiendo. Y cumplida mi misión, os dejo. ¡Adiós!

McGraw la vio salir sin pronunciar palabra.

—Si la quieres... ¿por qué no vas tras ella?

—Es una mujer de una pieza, Sapho. Muy entera y muy fiel a sí misma. Nunca entenderá mi manera de ser y producirme.

—Una mujer por entera que sea siempre entiende y comprende al hombre que ama... y Africa te ama, Steve. No la pierdas, me parece una chica extraordinaria.

—Vístete. Te acompañaré al hotel.

CAPITULO XI

—Es inútil, no insistas.

—Necesito hablarte. Y descansar unas horas...

—Tú y yo no tenemos tema de conversación, Steve. Y para descansar, has alquilado esta mañana un apartamento, ¿no? Por si has olvidado la dirección: Newton Street, 194, muy cerca de Broadway.

—¿Puedes olvidarte de las ironías y ser más humana?

Una risa forzada, acre.

—¿Humana... has dicho? Pero Steve... ¿desde cuándo apelas tú a la humanidad de los demás?

—Déjame entrar, por favor.

—No...

—Lo estás deseando. ¿Cuántos minutos piensas resistir en esa actitud?

Ahora, una carcajada burlona.

—¡Ya salió el ego del macho! Lo estoy deseando... ¿por qué no dices también que te necesito?

—Lo estás tergiversando todo, Africa. Quieres herirme, tratas de despreciarme... y todo porque has juzgado mi actitud sin profundizar. Tengo razones para convencerte de lo contrario; la principal... que estoy enamorado de ti. Africa... te quiero. Y ten la seguridad de que es la primera vez que le digo esto a una mujer. Te lo suplico, déjame entrar.

Abrió la puerta de par en par.

—No estoy vencida, Steve —matizó—. Ni siquiera convencida.

Lo precedió hasta la sala.

—Te quiero, Africa. No me importa repetirlo mil veces... un millón, hasta que me creas.

Seguía en su línea dura. Por eso dijo con sequedad:

—Te creo. ¿Y...?

Estaban sentados en las mismas butacas donde lo habían estado la última vez. La noche anterior. La noche en que se habían conocido.

Todo era demasiado reciente. Quizá por ello y por la velocidad con que se sucedieran las situaciones había en Africa muchas reservas.

Un flash de amor, sí. Pero él...

—Hay muchas cosas que ignoras. Cosas que condicionan, en parte, mi línea de conducta.

—¿Te parece que ha llegado el momento de sincerarte?

—No puedo hacerlo.

Se puso en pie.

—Buenas noches, Steve.

—¡Espera! —y la cogió por el brazo antes de que se introdujera en el dormitorio.

Volvió la cabeza hacia él.

—Déjame.

La besó.

Africa hizo un terrible esfuerzo para no corresponder. Labios cerrados, fríos, prietos.

Steve insistió.

Era demasiado.

Vencida... aunque no convencida, pero la besó a rabiar. Fue devorando los labios masculinos. Se fundieron y confundieron las bocas.

—Llévame a la cama, Steve. Por favor...

—Me has pedido que fuera sincero.

—Luego...

—Ahora.

Regresaron a la sala.

Steve se quitó la cazadora de pana y del forro extrajo un objeto que mostró a la muchacha.

Era el escudo de los Estados Unidos de América rodeado por una corona de laurel. Esta, truncada por una franja semicircular dentro de la cual podía leerse: KAMIKAZA ANTICRIMEN ORGANIZATION.

Africa le miró con palmaria sorpresa.

—¿Qué significa, Steve?

—Pertenezco a la Seguridad del Estado —y amplió las explicaciones. Inquiriendo al terminar—: ¿Lo entiendes mejor ahora, Africa?

—Creo que sí. Sospechaba algo así... ¡pero te veía tan joven!

—El más joven del cuerpo, sí. Es mi primera misión, Africa. Y mucho lo que me he venido jugando en ella además de la vida. Conocí a Sapho en Chicago, en la calle. Pero entendí que tenía clase y que me podía ser útil. Le hablé claro aunque sin revelar mi verdadera identidad. Le dije que trataba de desarticular la Organización a base de ir derribando a los de arriba... para lo cual había que empezar por los de abajo. Su estuche físico podía servir para llegar a lo alto antes de que yo lo hiciera, porque aunque hay mucho homosexual en la Organización eso no entraba en mis cálculos.

—Y aceptó, claro.

—Sí... Puedo que por estar enamorada de mí. Porque la traté con esa humanidad que ella necesitaba, con esa humanidad de la

que tú supones que carezco. Sapho supo moverse con habilidad y se pegó a un segundón de la línea de Calabria... precisamente conectado con éste porque la jefatura de la Cosa Nostra estaba y está, ubicada aquí. Lo ignorábamos entonces. Ese tipo, Jerome Carlino, bebía los vientos por Sapho y fue aceptando sus sutiles imposiciones. Por eso entré yo en la venta callejera. Era lo que pretendía para ir conociendo a los demás. Algo debió fallar porque desde las alturas obligaron a Carlino a probar la fidelidad de Sapho. Me advirtió a tiempo pero yo no podía renunciar al destino que me venía dado de mi propio plan ni tampoco comprometerla a ella. Saldría de la cárcel cuando lo juzgase oportuno. Sapho me hizo llegar información a través de delincuentes comunes que entraban y salían. De todas maneras ya estábamos en lo de la «Fiebre de navajas en sábado», en las conexiones Chicago-New York, y en que ese don Andrea del que ahora sabemos, nombre o seudónimo, dirigía la Organización desde esta ciudad. Mi fuga, como comprenderás, ha sido un montaje. Allí dentro había reunido bastante información y muchos aspectos del asunto los tenía claros. El comisionado me presionó para que saliese dado que el asesinato de Natalie Burnett, el que estabas investigando tú, había dolido en Washington porque el padre, el senador Burnett, apretaba las clavijas a los capítostes. El resto lo conoces y lo has vivido. ¡Ah!, gracias por seguirme al apartamento de Sapho.

Africa sonrió, cariñosa y abiertamente ahora.

—Ha sido a ella y a Calabria a quiénes he seguido. Llámalo presentimiento o intuición femenina —mantuvo el silencio unos segundos, mirando al pelirrojo con amorosa intensidad. Anunció —: Estás corriendo un nuevo riesgo, ¿verdad? —le puso los dedos en la boca cortando en flor la respuesta. Dijo—: No te está permitida la confesión que acabas de hacerme y...

—Sólo así podía demostrarte que soy humano y por encima de todo que me he enamorado de ti como un colegial tontorrón y absurdo.

—¿Te parece absurdo amar, Steve?

—Me parece maravilloso. Pero...

—¿Pero?

—«Fiebre de navajas en sábado» no ha terminado todavía. Queda mucho por hacer... o poco. No lo sé con exactitud.

—¿Dónde está la explicación del mucho o del poco, Steve?

—¿Recuerdas lo sucedido esta noche con Violento Benjamín en METAMORFOSIS?

—Sí, claro. Un hecho incomprensible. Yo misma te he preguntado quién había podido hacerlo. Estaba vivo... y apenas si

han pasado veinte minutos desde que yo he avisado a la policía hasta su llegada.

—Yo te he dicho que tampoco lo entendía o que quizá sí.

Me acuerdo perfectamente.

—Ese... *quizá sí* responde a una corazonada. Un acto intuitivo igual que el tuyo al seguir a Sapho y Sandrino. Si acertase...

Africa, de repente, sorprendiendo a Steve y demostrando su agudeza intelectual, inquirió:

—¿*Quizá sí*... puede ser la respuesta a la identidad del padrino, de don Andrea?

—Perfecta deducción, Africa.

—¿Cómo piensas probarlo?

—Tengo un plan, si. Ha llegado el momento de jugármela... y si me equivoco ya puedo ir devolviendo la placa.

—¿No hay otro camino?

—No —negó el pelirrojo—. Ya no puedo seguir como hasta ahora. Hemos eliminado a los navajeros y hay que ir a las alturas. Tengo que comprobar si estoy en lo cierto. De ser así, La Organización estará prácticamente desarticulada.

—La Cosa Nostra es inmortal, Steve.

—Nadie lo pone en duda. Como la masonería y otros muchos movimientos secretos que fomentan el poder a través del crimen y la corrupción. Pero puedo acabar con esta faceta. Es como si jugara al póquer, ¿sabes? Voy con un farol. Quiero ver el juego sin enseñar el mío. En esta clase de envites hay que arriesgar...

—¡Pero no tu vida, amor! Pienso que ya es algo muy mío y no quiero perderte. Déjame que te ayude al menos.

—En esta ocasión no puedes. Ya lo has hecho bastante salvándome por dos veces esa vida que sí es algo tuyo... muy tuyo.

—Has dicho que necesitabas descansar.

—Sí...

—Pero descansar —recalcó ella—. Yo me quedaré en la butaca... y no por falta de deseos, Steve. Precisamente porque te quiero. El verdadero amor es algo más que el deseo y la pasión. Tiempo tendremos para ello. Ahora, tienes que dormir.

La besó en la boca. Mucho. Demasiado.

Pero Africa contuvo su necesidad de amarle más intensamente. Le obligó a descansar... solo.

Para que vayan diciendo por ahí que se ha perdido la verdadera esencia del amor... que se perdió el día en que inventaron la cama.

¡Como si hasta entonces no...!

CAPITULO XII

—¿Sí...? ¿Dígame?

—Deseo hablar con el señor Harry Linder.

—¿Quién le llama?

—Es personal.

—Si no me dice su nombre difícilmente podré...

—Insisto en que es personal y privado. Confidencial si usted prefiere llamarle así.

—Mire, amigo, las normas son las normas y no me las puedo saltar a la torera por muy confidencial que sea lo que usted tiene que tratar con el señor Linder.

—Tengo prisa, amigo. Y usted no hace más que interferir el mecanismo de un asunto de Estado.

Sorpresa en el funcionario.

—¿Ha dicho de... Estado?

—Creo que eso he dicho. ¿Quiere avisar al señor Linder?

—Un momento. Es que... Ocurre además que el señor Linder está reunido con unos caballeros y...

—¡Como si quiere estar reunido con Ronald Reagan y con Kennedy resucitado! ¡Avísele de una puñetera vez! Dígale que se trata de una emergencia con «fiebre».

Más sorpresa y un respingo que el que llamaba recibió con nitidez a través del hilo telefónico.

—¡Oiga...! ¿Ha dicho... emergencia con «fiebre»?

—¿Tengo que repetirle punto por punto todo lo que digo?

¡Emergencia con «fiebre», sí! Y avise inmediatamente al señor Linder porque usted lleva exactamente casi dos minutos jugándose el empleo y unos años de cárcel: ¿HA COMPRENDIDO BIEN AHORA?

—¡Sí, sí, señor! ¡Le aviso al instante!

Unos segundos de espera. Y:

—Harry Linder. ¿Es...?

—Soy McGraw, señor.

—¿Ocurre algo grave, Steve?

—Creo que estamos llegando al final, comisionado.

—¡McGraw! ¿Está seguro de lo que dice?

—No hay nada seguro en este mundo, señor. Pero las apuestas están 6 a 1 a favor nuestro.

—Me imagino que su urgente llamada no es sólo para comunicarme ese posible resultado satisfactorio, ¿verdad?

—Cierto, comisionado. Deportivamente hablando va usted a jugar una baza importante en este sprint final.

Silencio por parte del comisionado de la policía de Nueva York

que exteriorizaba calladamente su desconcierto.

—¿Yo...? ¿De qué forma, McGraw?

—En la parte más grave de la solución de «Fiebre de navajas en sábado». Sólo usted puede hacerlo, señor.

—¡Explíquese, Steve! ¡Me tiene en ascuas!

—Preste atención, comisionado.

Steve McGraw por espacio de varios minutos estuvo explicando detalladamente al que le escuchaba en la punta opuesta del cable lo que esperaba de él; lo que él tenía que hacer.

Después, dijo Linder con inflexión confusa:

—Me ha sumido en un mar de dudas. ¿Y si está equivocado, McGraw?

—Les enviaré mi placa a los de Washington por correo certificado.

—Vamos a correr un grave riesgo, Steve.

—Desde que me metí en esto no he parado de correr riesgos, señor. ¿Tiene miedo, comisionado?

—¡McGraw!

—Entonces, haga punto por punto lo que le he dicho. ¡Buenos días, señor!

—Buenos...

No siguió porque el clic que anunciaba que la conversación había sido interrumpida llegó con claridad a sus oídos.

—Esta juventud... —murmuró el comisionado, mirando con asombro el auricular que aún sostenía en la mano. Y abriendo una sonrisa, añadió—: ¡Divino tesoro!

Y salió rápidamente de la estancia.

CAPITULO XIII

—Espero que tus razones para haber convocado esta reunión con tanta urgencia, arrancándonos prácticamente de nuestras obligaciones, que son muchas y trascendentes todas, sean lo suficiente válidas como para justificar tu atrevimiento, Calabria.

El que así acababa de expresarse se llamaba Calogero Hayman cuando se trataba de asuntos limpios... en el supuesto de que interviniese en alguno, y Calogero Vitale cuando se trataba de negocios sucios que eran todos los que solía atender aquel italiano cuyo padre había sido alguien en el mundo de la Cosa Nostra.

Calogero Vitale Hayman tenía pinta y ademanes de ejecutivo.

Puede que por aquello que había declarado el juez Giovanni Falcone en Palermo; puede que porque Calogero tenía mucho en común con aquellos 120 que Falcone se disponía a procesar; o quizá porque los ejecutivos respondían a un patrón físico determinado.

No, no era eso exactamente. Pero sí estaba claro que a pesar de que ningún oficio o carrera exigía más características faciales determinadas, aquellos que las integraban en sus distintos estamentos sí respondían por regla general a unas connotaciones que podían llamarse crónicas.

Para cualquier observador de esos muchos que corren por la vida habría estado muy claro que Calogero Vitale Hayman era lo que era.

Mafiosos y Mafioso y ejecutivo.

Un ejecutivo de la Cosa Nostra, si lo prefieren.

De aspecto respetable y conspicuo. Facciones correctas. Vestido impecablemente. Hasta con cierta clase si mucho me apuran.

Y es que para estar en la parte de arriba de la Mafia había que tener clase.

—Eso me ha dicho cuando me ha llamado, Calogero —intervino Stephen Marwin—. Que la cosa era grave y requería esta urgentísima reunión.

—¿Por qué no le dejas que hable él, Stephen?

Sandrino Calabria forzó una sonrisa.

—Tenemos encima a la policía —soltó, así, de repente.

—¡Sandrino! —exclamó Calogero Vitale con una sonrisa cáustica—. ¿Por qué bebes tanto por las noches? Ya le dije yo a éste —éste era Stephen Marwin— que a ti no te convenía estar metido en el asunto ese de los PUB TOUR'S. Demasiado alcohol, demasiada droga... Nosotros estamos para suministrarla, Sandrino, no para consumirla. Definitivo, necesitas un descanso.

—¡Estoy hablando en serio, Calogero! Casi todos mis hombres

han sido exterminados por...

—¡Gracias a Dios! —estalló el otro—. Ya le dije a éste que te advirtiera sobre el particular. Don Andrea está precisamente muy cabreado por las andanzas criminales de tus chicos. Cuando un tipo estorba se le mete un balazo en la tripa y basta. Pero eso de andar haciendo ojales con navajas, violando, torturando... ¿Qué te crees tú que es la Cosa Nostra, Sandrino?

—Estás desviando la conversación, Calogero. Me dices que los motivos que aduzca justifiquen la reunión y desoyes lo grave e importante. Hay un fulano, posiblemente del FBI o la CIA que está sobre nosotros. Tiene nuestros nombres...

—¿Sabes tú el suyo? —inquirió Calogero.

—No, claro.

—Pues vas a tener que adivinarlo.

—No te entiendo, Calogero.

—Me vas a entender muy pronto.

Y pulsó un zumbador que junto a otros, en un cuadrito de mandos, había sobre su mesa, al instante se abrió la puerta del despacho.

Penetraron varios hombres.

Entre ellos... *jotro Sandrino Calabria!*

—¿Lo entiendes ya, Sandrino-bis? Puedes ir despojándote de las lentillas, el caucho que llevas metido en las fosas nasales, los retoques, la peluca... y también de los tacones que te has agenciado para ganar la altura del verdadero Calabria. Las cartas boca arriba, amiguito. La partida se acaba y te ha tocado perder.

Hizo lo que Calogero Vitale decía.

Y recobró su verdadera apariencia. La de Steve McGraw.

—¿Me dices ahora cómo te llamas, muchacho?

—Jerry Lewis.

Vitale soltó una carcajada. Dijo al pelirrojo:

—Reconforta comprobar que tienes sentido del humor, Calogero. Stephen Marwin no sonreía.

—¡Claro, hijo, claro! Tengo un gran sentido del humor. No como éste, para el que siempre parece que se está acabando el mundo. ¡Ríete, Stephen, ríete! La cosa no deja de tener su gracia.

—Será para ti, Calogero —dijo, adusto, el secretario general del Sindicato de Transportes.

—¿Cómo me has descubierto, Vitale?

—Aunque ya sé que tratas de ganar tiempo, con lo que no haces otra cosa que demorar tu *ejecución*, te lo voy a explicar —el director de la CANADIAN INSURANCE parecía muy divertido con aquella escena. Hasta diríase que se encontraba a gusto. Prosiguió —: Interrumpir los receptores instalados en el apartamento de la

señorita Blair ha sido tu perdición, ¿sabes? Ni el propio Sandrino, que dicho sea de paso es bastante estúpido, estaba enterado de ello. Los instalamos porque los hombres acostumbramos a decir muchas inconveniencias, tonterías a un lado, cuando una buena hembra nos calienta la cama; además, la Organización tiene la buena costumbre de controlar las amistades íntimas de los miembros de la misma. Nos causó gran extrañeza no recibir la menor señal desde el apartamento de Sapho sabiendo que ella se encontraba dentro. Ni un roce, ni un chasquido... era muy raro. Mis hombres se dieron una vuelta por allí y se tropezaron con el cirio que tu habías montado. Claro que, si no hubieses interrumpido los micros, lo cual dice mucho en favor de tu intuición profesional, habría sido lo mismo. Hubiésemos acudido antes y te hubiéramos cazado *in fraganti*. En fin, querido, lo importante es que está aquí, con nosotros...

—Eres un tipo listo, Calogero. Tengo que admitirlo.

—¡Buen chico, sí, señor! Me habrías sido muy útil. Y ahora... ¿quieres decirme cómo te llamas y para quién trabajas?

El pelirrojo le obsequió con una amplia y social sonrisa.

—Te defraudaría si lo hiciera, Calogero. Imagínate por un momento que estuviera de tu parte, me cazaran los otros y a las primeras de cambio les dijese que me llamaba fulano de tal y que trabaja con la Organización... ¿Qué opinarías de un tipo así?

—¡Tienes madera, amigo, vaya que sí! Nunca me equivoco al juzgar a un hombre y con sólo verte me lo he dicho... ¡sí! «¡Ese es un tío de una pieza, Calogero! ¡Diez como él necesitas tú, Calogero!» Pero... también me he preguntado: «¿Por qué se habrá empeñado en estar con la competencia?» La cosa, ahora, no tiene arreglo. ¿Te llamas, muchachote?

—Jerry Lewis.

Se acabaron las sonrisas y los buenos modales de Calogero Vitale Hayman. Gritó:

—¡Kust, Melvin, empezad!

Kust Russell y Melvin Caine eran dos de los tipos que habían acudido a la llamada del zumbador.

Hombres de acción. Pistoleros.

Muy crueles y asesinos ellos.

Kust Russell llevaba la voz cantante. Porque dijo a otros dos:

—Hermann, Farenc... ¡sujetádle!

Los aludidos saltaron sobre Steve inmovilizándole férreamente.

Kust Russell se puso una especie de medio guante metálico en la mano derecha; un guante que cubría sus nudillos con otros de hierro.

—¡Ahora verás, muchachote! ¡Te va a entrar diarrea!

Y sin más le incrustó el puño en la boca del estómago.

Una violenta arcada acometió al pelirrojo.

Pero los otros le mantenían erguido.

Kust le clavó el puño esta vez en el hígado.

Con un subsiguiente codazo a la boca.

—¡Eh, bestia, no te lo cargues! —gritó Calogero—. Tienes que dejarlo en condiciones de hablar.

Steve McGraw echaba sangre por la boca.

Allí se estrelló el tercer puñetazo activando la fluidez del rojizo líquido.

—¡Kust, Kust...! ¿No ves que le vas a saltar las muelas?

McGraw estaba medio groggy. Calogero le preguntó:

—¿Puedo saber ya cómo te llamas?

No dijo nada. Estaba con la cabeza caída, incrustada la barbilla en el pecho. Sangrando con profusión los labios.

—Bien —suspiró Vitale—, si te empeñas... ¡Traed a la chica!

Entraron dos nuevos fulanos escoltando a Sapho Blair. Dijo Calogero:

—¿Alguno de vosotros —les hablaba a sus asesinos— tiene la mala costumbre de usar navajas?

—¡Yo, don Calogero!

—¿Y la sabes emplear bien, Jonathan?

—¡Soy un artista, don Calogero!

El verdadero Sandrino Calabria, en absoluto silencio hasta ahora, hizo un inciso en favor de Sapho:

—¿Es necesario eso, Calogero?

—¡Vete a la mierda, estúpido! Todo esto está sucediendo por tu culpa. Ya hablaré contigo luego. ¡Adelante, Jonathan, demuéstreme tu arte! ¿Qué te parece si le rebanas un pezoncito a esa preciosidad?

Jonathan Palasthy sonrió feroz y cruelmente.

—¡Eso está hecho, don Calogero! —y dirigiéndose a uno de los que la sujetaban, ordenó—: Arrancadle el vestido y el sostén... pero sin tocarle los pechos, ¿eh, lascivos?

Iban a obedecer cuando Steve McGraw estalló:

—¡Dejadla, puercos! ¡Hablaré!

—¡Sí sabía yo que era un gran chico! —se regocijó Calogero Vitale—. ¿Cuál es tu nombre y profesión, muchacho?

Las palabras surgieron de los labios del pelirrojo salpicadas en sangre:

—Me... me llamo William Feldman y pertenezco al Departamento Anti-Droga del Federal Bureau of Investigation.

McGraw jugaba el último as de la manga. Esperaba que aquello contuviera a Calogero mientras comprobaba la veracidad de sus

palabras antes de una decisión definitiva, para tomar la cual, era de esperar que consultase con el padrino... con el misterioso don Andrea.

—¡Vaya, vaya, vaya! —siguió con su humor Vitale Hayman—. ¿Habéis oído, familia? Nuestro invitado de honor pertenece, nada más y nada menos, que... ¡al FBI! Hermosa profesión tuya... ¡cómo admiro a los héroes que fabrican en Quantico! ¡Y cómo admiré al llorado John Edgar Hoover!

Se levantó del cómodo butacón que ocupaba tras la mesa de nogal situada casi al fondo, tras el enorme ventanal que desde el amplio despacho asomaba al jardín de la residencia, para acercarse a Steve que seguía sujeto por la pareja de matones.

Casi pegando su rostro al del pelirrojo, preguntó:

—¿No me estarás engañando... verdad? ¿No me estarás mintiendo William Feldman del FBI?

—¿Qué iba a ganar con ello ahora?

—Y al no mentir... ¿tampoco te importará que lo compruebe, cierto?

—Cierto, Calogero.

—Si cuando yo sigo diciendo que tú eres un tipo extraordinario —hizo un gesto de contrariedad, inquiriendo—: ¿Por qué puñetas te habrá dado por estar con la competencia? Yo hubiera hecho de ti algo verdaderamente importante... —insistió en su gesto apesadumbrado; y añadió con tristeza—: ¡En fin, ya no tiene remedio!

Regresó al otro lado de la mesa y del interior del primer cajón extrajo un singular aparato que en principio parecía un tocadiscos portátil. Pero no lo era, claro.

Se trataba de un potente transmisor-receptor en miniatura con equipo de emisión estereofónico cuya modulación de frecuencia estaba fijada en una longitud especial, exclusiva para comunicarse con el captador que debía recibir la señal por éste emitida.

Un brazo minúsculo de características morse completaba aquel sofisticado ingenio. Calogero actuó sobre el brazo comenzando a emitir la señal convenida.

Al encenderse un piloto rojo, alzó un diminuto micro de extensión flexible y acercándoselo a los labios, dijo:

—¡Don Andrea... don Andrea! ¿Me recibe? ¡Atención, atención! Desde CV-1 llamando al Padrino... ¿Me recibe, don Andrea?

Unos instantes de silencio.

Y...

—Me ha sorprendido la premura de su llamada, comisionado.

—Los acontecimientos se han precipitado vertiginosamente, capitán Bannion.

—Espero que haya sido para bien, señor.

Harry Linder miró con fijeza a su subordinado. Dijo:

—Eso creo, Bannion. Parece ser que nuestro agente...

—¿El KAO? —interrogó el capitán de la Metropolitan Police.

—Exacto —cabeceó su interlocutor, añadiendo—: Parece ser, como le decía, que nuestro agente ha llegado prácticamente al final. Pronto estará en condiciones de ofrecernos los nombres más relevantes de la Organización y las pruebas necesarias para procesarlos, todo un éxito, ¿no le parece?

Brooke Bannion, en lugar de responder, exclamó:

—¡Eso es imposible, comisionado!

—¿Por qué, capitán?

Confundido durante unos segundos, se explicó después:

—Porque yo en diez meses, disponiendo de más efectivos, no he conseguido el menor indicio que pueda comprometer a esos nombres...

—Posiblemente porque usted hubiese sido el primer *implicado*, capitán Brooke Bannion. ¿O acaso debo llamarle... *don Andrea*?

El policía palideció como un muerto. Pero dominándose con rapidez, estalló:

—¡Maldita sea! ¿Qué clase de estupideces está diciendo, comisionado?

—¿Es que no le llaman *don Andrea* sus mafiosos subordinados? Déjese de fingir, capitán.

—No tiene pruebas, Linder. ¡No las tiene!

—Usted me las está dando, Brooke. ¿Por qué se excita, por qué se altera?

En aquel preciso instante sonó un extraño zumbido en el interior del despacho.

Bannion, ahora, se puso lívido.

—Es su transmisor-receptor, capitán. El que lleva en el bolsillo. Conteste, conteste... seguro que Calogero Vitale desea hablar con usted.

Saltó Bannion de la butaca haciendo ademán de extraer su pistola.

Alguien a su espalda le convenció de lo contrario:

—Llevo rato apuntándole, capitán. Si hace una tontería, será la última.

Se derrumbó en el fondo del asiento. Vencido. Acabado.

Y el zumbido, insistía.

—Conteste, Bannion. Por su propio bien —le conminó Harry

Linder.

Sacó el aparato abriendo el canal de recepción. Pudieron escuchar con claridad:

«¡Don Andrea... don Andrea! ¿Me recibe? ¡Atención, atención! Desde CV-1 llamando al Padrino... ¿Me recibe, don Andrea?»

—Conteste, capitán. Pero con mucho cuidado. Se está usted jugando la vida.

Respondió a la insistente llamada:

—¡Adelante, Calogero! Te escucho.

«Tengo al individuo, don Andrea. Pero no pertenece a la organización que usted me dijo sino al Departamento Anti-Droga del FBI. ¿Qué hago con él?»

Bannion interrogó con la mirada al comisionado.

Este salió de la mesa situándose junto a Brooke Bannion para susurrarle al oído lo que tenía que responder. Hubiese sido un gravísimo error hablar en voz alta porque las palabras hubieran sido recibidas por Calogero Vitale.

—No hagáis nada hasta que yo llegue. Voy inmediatamente para allá.

«De acuerdo, don Andrea. Le esperamos.»

Brooke Bannion cerró el aparato entregándolo a su superior.

Harry Linder no tuvo tan siquiera una palabra de censura para el hombre que había traicionado los sagrados principios del cuerpo que jurase, en su día, defender. ¿Para qué?

—Vamos, Bannion —fue lo único que dijo.

Se levantó con manifiesto abatimiento. A Brooke Bannion parecían haberle echado un millón de años encima.

Los mismos que les echaron a Calogero Vitale Hayman y a todos sus adláteres cuando, tras la llegada de don Andrea, apareció un fuerte contingente policial que les redujo con rapidez y sin problemas.

«Fiebre de navajas en sábado», había concluido.

EPILOGO

—Sí quiero, señorita —respondió Steve McGraw.

—¿Cómo sospechaste del capitán Bannion? —preguntó Africa.

—¡Pero pequeña...! Estamos... —ante la insistente mirada de ella, explicó—: Más que sospecha fue una corazonada. Sólo transcurrieron veinte minutos, aproximadamente, desde que llamaste a la policía hasta que ésta apareció en METAMORFOSIS. Nadie sabía dónde se encontraba Violento Benjamín... excepto la propia policía. Y tú, habías hablado directamente con el propio Bannion. Eso me puso alerta sobre la posible vinculación del capitán con la Organización. Luego, conforme esa corazonada tomó cuerpo y forma, entendí que él era el jefe.

—¿Por qué se hacía llamar don Andrea?

—Un nombre muy común en los medios de la Cosa Nostra que le servía para mantener el incógnito. Nadie conocía la verdadera identidad de don Andrea, ni el propio Calogero Vitale. Hasta que yo precipité el desenlace y Bannion tuvo que aparecer ante sus compañeros. Calogero, obvio, suponía algo; como mínimo que don Andrea estaba conectado con la policía... pero prefirió evitarse problemas y no hacer averiguaciones.

—¿Cómo no me lo dijistes?

—Cuanto menos supieras menos peligros...

—¡Maldita sea! —se desesperó el juez Gerard Larkin—, ¿A qué demonios han venido ustedes aquí? ¡En mi vida he visto nada...! ¿A qué han venido, eh? ¿A casarme o a explicarse una película policíaca?

Steve McGraw puso cara de chico inocente.

—¡Es ella, señor juez! Yo ya he contestado que sí...

Africa se encorajinó.

—¡Ah...! Así que soy yo, ¿eh? Has estado ocultándome algo importante... ¿cómo podré confiar en un marido que me oculta cosas?

—Hasta que no contestes no soy tu marido. Y si no lo haces pronto...

—¡Señorita Africa Lange! —estalló de nuevo el juez—, ¡Señorita Lange!

—¿Sí... señorita?

—¿Quiere de una maldita vez por esposo a Steve McGraw, para amarle y para discutir con él, pero fuera de aquí?

—Ese no es el formulario, señor juez —dijo la hermosa morena.

—¡Pero es que ustedes me están volviendo loco! ¿Quiere... o no quiere?

—Sí quiero, señorita.

Es una pena que la gente, para quererse más, tenga que casarse.

¡Y no es que uno tenga nada contra el matrimonio!

—...les declaro marido y mujer.

—¿Puedo ser la primera en felicitaros?

Africa se abrazó a Sapho.

—Gracias —le dijo.

—¿Puedo también besar al novio?

—Es todo tuyo —dijo Africa—, pero... sólo por unos segundos.

—Siempre te recordaré como una gran chica y una extraordinaria compañera —anunció Steve, mirándola con afecto, tras el fugaz beso.

—Ven a vernos cuando quieras, Sapho —la invitó Africa.

—Dejaré que pasen unos días —repuso la otra pícaramente—. Comprendo que ahora... tenéis mucho que hacer.

Un chico y una chica como Africa y Steve, siempre tienen mucho que hacer.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**